

BOOM AGRÍCOLA

Y PERSISTENCIA DE LA POBREZA RURAL

Estudio de ocho casos



A large, stylized, white letter 'A' is the central graphic element. It is composed of thick, brush-like strokes. The letter is positioned in the upper left quadrant of the cover, with its top and right sides overlapping a large, dark grey, circular brushstroke that dominates the background. The background is a solid dark grey color.

BOOM AGRÍCOLA

Y PERSISTENCIA DE LA **POBREZA RURAL**

Estudio de ocho casos

Editores

José Graziano da Silva

Sergio Gómez E.

Rodrigo Castañeda S.



Las denominaciones empleadas en este producto informativo y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican, de parte de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), juicio alguno sobre la condición jurídica o nivel de desarrollo de países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites. La mención de empresas o productos de fabricantes en particular, estén o no patentados, no implica que la FAO los apruebe o recomiende de preferencia a otros de naturaleza similar que no se mencionan.

ISBN 978-92-5-306242-3

Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción y difusión del material contenido en este producto informativo para fines educativos u otros fines no comerciales sin previa autorización escrita de los titulares de los derechos de autor, siempre que se especifique claramente la fuente. Se prohíbe la reproducción del material contenido en este producto informativo para reventa u otros fines comerciales sin previa autorización escrita de los titulares de los derechos de autor. Las peticiones para obtener tal autorización deberán dirigirse al Jefe de la Subdivisión de Políticas y Apoyo en Materia de Publicación Electrónica de la División de Comunicación de la FAO

Viale delle Terme di Caracalla, 00153 Roma, Italia
o por correo electrónico a:
copyright@fao.org

© FAO 2009

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Presentación | 9 |
| <i>Condicionantes laborales de la pobreza rural en América Latina</i> | |
| I. Introducción | 16 |
| II. Pobreza y empleo en América Latina | 16 |
| III. Instituciones del mercado del trabajo y pobreza rural | 28 |
| IV. Procesos laborales y pobreza rural | 42 |
| V. Las políticas hacia el mercado del trabajo | 50 |
| VI. Consideraciones finales | 53 |
| Anexo 1: Magnitudes de la Pobreza y la Indigencia 1997-2007 | 54 |
| Anexo2 : Los criterios laborales en la certificación de productos | 58 |
| Bibliografía | 61 |
| <i>Argentina</i> | |
| <i>Boom agrícola y persistencia de la pobreza rural en Argentina</i> | |
| 1. Introducción | 66 |
| 2. El sector agropecuario en Argentina | 67 |
| 3. La pobreza rural en Argentina | 73 |
| 4. Conclusiones | 98 |
| Bibliografía | 101 |
| <i>Brasil</i> | |
| <i>El boom agrícola y la pobreza rural en Brasil</i> | |
| 1. Introducción | 104 |
| 2. El desempeño agrícola desde mediados de los 90 | 105 |
| 3. La pobreza rural en Brasil: 1995-2006 | 110 |
| 4. Resumen de las conclusiones y recomendaciones para próximos estudios | 123 |
| Bibliografía | 127 |

Chile

Crecimiento agrícola y pobreza rural en Chile y sus regiones

| | |
|--|-----|
| 1. A modo de presentación | 130 |
| 2. Introducción | 132 |
| 3. El sector silvoagropecuario y su incidencia sobre la pobreza y la extrema pobreza rurales | 133 |
| 4. Metodología | 135 |
| 5. Evolución de los distintos tipos de ingreso y la pobreza y extrema pobreza rurales | 137 |
| 6. Contribución de los distintos tipos de ingresos a la desigualdad y su impacto sobre la pobreza y la extrema pobreza rurales | 138 |
| 7. Síntesis y conclusiones | 139 |
| Anexos | 142 |
| Bibliografía | 159 |

Colombia

Crecimiento agrícola y pobreza en Colombia

| | |
|--|-----|
| 1. Introducción | 162 |
| 2. El contexto colombiano | 162 |
| 3. Aspectos metodológicos | 166 |
| 4. Estructura productiva y de comercio exterior | 167 |
| 5. Crecimiento agrícola y pobreza en el sector rural | 173 |
| 6. Las propuestas de gremios y organizaciones | 186 |
| 7. Una agenda de investigación | 190 |
| Bibliografía | 193 |

Guatemala

Crecimiento agrícola y pobreza rural en algunas regiones de Guatemala

| | |
|--|-----|
| 1. Antecedentes | 196 |
| 2. Características del contexto de desarrollo agrícola | 196 |
| 3. Aspectos metodológicos | 200 |
| 4. Tratamiento y análisis de las variables | 202 |
| Bibliografía | 223 |

México

Boom agrícola y persistencia de la pobreza rural en México

| | |
|---|-----|
| 1. Introducción | 226 |
| 2. La evolución de la producción agropecuaria: el boom agrícola | 227 |
| 3. El sector agropecuario: su concentración y polarización creciente | 235 |
| 4. El factor demográfico y la desagrarización: el predominio de los hogares no campesinos en el campo | 243 |
| 5. Algunas reflexiones finales | 254 |
| Bibliografía | 261 |

Nicaragua

¿Crecimiento agrícola para los pobres rurales, o pobres rurales a pesar del crecimiento agrícola?

| | |
|--|-----|
| 1. Introducción | 266 |
| 2. El contexto y el desempeño del sector: 1990-2007 | 266 |
| 3. Crecimiento en cadenas agrícolas, empleo e ingresos: ¿oportunidades para salir de la pobreza? | 273 |
| 4. Y, entonces, ¿se está reduciendo la pobreza rural y la inequidad? | 278 |
| 5. ¿Qué ha estado pasando con el mercado de trabajo rural? | 281 |
| 6. ¿Se ha aprovechado la agricultura para reducir la pobreza rural? | 285 |
| 7. Conclusiones y recomendaciones | 291 |
| Bibliografía | 293 |
| Siglas | 297 |

Perú

Crecimiento agrícola, pobreza y desigualdad en el Perú rural

| | |
|---|-----|
| 1. Introducción | 300 |
| 2. Crecimiento de la economía y "boom agrícola" en el Perú | 300 |
| 3. Evolución de la pobreza rural en la última década | 307 |
| 4. La relación entre crecimiento agrícola y pobreza rural en el Perú | 310 |
| 5. Evolución del ingreso y la desigualdad rural en el Perú en un contexto de crecimiento agrícola | 315 |
| 6. Conclusiones y preguntas de investigación | 321 |
| Anexos | 323 |
| Bibliografía | 329 |

| | |
|-----------------------------------|-----|
| <i>Reflexiones finales</i> | 331 |
|-----------------------------------|-----|

México

Boom agrícola y persistencia de la pobreza rural

Hubert C. de Grammont*

Resumen: Durante las últimas dos décadas el crecimiento de la productividad ha sido notable. Esto ha significado un incremento de la producción sin un aumento de la superficie cultivada. Este crecimiento ha sido posible, incluso sin la presencia del Estado en la investigación y divulgación de los temas agrarios, debido al activo rol del sector privado, fundamentalmente a través del fortalecimiento de las cadenas productivas y la agricultura a contrato.

Este nuevo modelo está orientado hacia la obtención de mayor crecimiento de la ganancia. Por ende, se centra en las áreas más eficientes y más desarrolladas de la agricultura y deja de lado a los sectores más pobres y menos eficientes. Esta concentración en el sector eficiente llevó a la desaparición de una gran cantidad de productores y una mayor polarización del sector.

Se suele afirmar que la mayor edad y la menor educación son causas de la pobreza. Sin embargo, esto no es siempre tan así. El estudio demuestra que, por una parte, los sectores productivos ricos son más viejos que los pobres y, por otra, ha encontrado que la educación por sí no es suficiente para hacer desaparecer la pobreza.

Por otro lado, la vieja migración de campo-ciudad es cada vez menor con una tendencia a la baja en las tasas de migración desde la década del 70. Así como el campo mexicano del siglo XX fue agrario, el del siglo XXI será fundamentalmente asalariado.

* Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México DF, correo electrónico: hubert@servidor.unam.mx

1. Introducción

El papel de la agricultura como motor de arrastre para propiciar el desarrollo industrial es un lugar común en la literatura clásica. Una agricultura dinámica era la condición *sine qua non* para tener una sinergia funcional entre el campo y la ciudad. La prosperidad agrícola propiciaba procesos de concentración y acumulación de capital en el sector, aseguraba un abastecimiento adecuado de las ciudades en bienes de consumo y en insumos industriales, permitía establecer flujos de migración de la población rural sobrante hacia el sector industrial urbano. Esos procesos eran profundamente conflictuales pero había una especie de lógica macroeconómica que permitía un crecimiento económico con efectos que alcanzaban a gran parte de la población. Permitía, en particular, la existencia de un Estado de bienestar relativamente eficiente.

Diferentes estudios han demostrado que esta relación se ha modificado profundamente con la globalización: el crecimiento industrial no depende más de la prosperidad de la agricultura, los flujos migratorios se modificaron. Ni siquiera parece que la dinámica de la agricultura tenga efectos positivos sobre el desarrollo rural y el nivel de bienestar de su población. Constatamos que ahora coexisten procesos de intenso crecimiento agropecuario con la expansión de la pobreza rural, lo que contradice todos los planteamientos desarrollistas hechos hasta la fecha.

Sin duda, la economía mexicana propiciada por el desarrollo hacia adentro, implementado durante cerca de dos décadas, encontró sus límites frente a la globalización. Su capacidad competitiva fue insuficiente para resistir el empuje del mercado internacional y esto obligó a una profunda reestructuración productiva de las empresas. Es en este marco que el gobierno de Salinas de Gortari (1989-1994) optó por acelerar los procesos de apertura y privatización de la economía nacional, siguiendo el modelo propuesto por el Banco Mundial y el FMI y ya aplicado por algunos países en desarrollo, en América Latina, por Chile muy particularmente. Después de 15 años de iniciado el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (1 de enero de 1994) y de haber concluido el período de transición de la apertura

comercial con Estados Unidos y Canadá el 1 de enero de 2008, tenemos mayores evidencias empíricas para analizar los cambios ocurridos en nuestra economía y en el campo en particular.

Sin embargo, como lo veremos en este trabajo, y como lo han apuntalado diferentes autores, el TLC no es el punto de partida, ni de los cambios económicos, ni de los procesos de reestructuración, ni siquiera de los cambios en las políticas públicas. No estamos frente a tendencias nuevas, propiciadas por la apertura comercial y las nuevas políticas de ajuste estructural, sino a tendencias de largo tiempo que tienen tres décadas de profundizarse. Se acepta comúnmente que la crisis financiera y devaluación de 1982 es un hito importante que marca el inicio de la etapa actual del desarrollo agrícola que podemos caracterizar con dos procesos complementarios: 1) una fuerte caída del PIB agropecuario en pesos constantes por la disminución de los precios agrícolas; 2) una importante reestructuración productiva de las empresas agropecuarias más eficientes que permitió elevar su competitividad mientras las menos eficientes no resisten los embates del mercado y desaparecen (C. de Grammont y Lara Flores, 1999 y 2007). Estas dos tendencias se profundizaron hasta la fecha con la aplicación masiva de las políticas de privatización y apertura comercial durante el sexenio de Salinas de Gortari; la devaluación de diciembre de 1994 que desató la crisis de la cartera vencida, especialmente grave en el sector agropecuario; la profundización de la privatización y total apertura comercial a partir del primero de enero 2008. Por eso, el período de referencia de este estudio es de 1980 a la fecha.

En este trabajo analizamos primero las características del llamado "boom agrícola". Vemos la evolución de la producción física (superficie, rendimientos y volumen), luego observamos el comportamiento de las variables económicas (precios, valor de la producción, productividad, producto interno bruto agropecuario, exportaciones). Luego analizamos al sector hortícola agroexportador. En estos dos incisos, constatamos que existe un importante incremento de la productividad física y de la competitividad pero sobre la base de una mayor desigualdad entre las empresas ineficientes y las eficientes que conduce inevitablemente a procesos de

concentración de la producción. El análisis de las variables económicas nos permite confirmar, como lo han planteado otros autores, que el sector más exitoso de la agricultura es aquel que se ha vuelto hacia la producción de hortalizas, frutas y flores, tanto para la exportación como para el mercado nacional, mientras aquellos que se dedican a granos, oleaginosas o cultivos industriales que se circunscriben al mercado interno no han logrado incrementar debidamente su productividad y se enfrentan a condiciones de mercado desventajosas.

Luego, analizamos al conjunto del sector agropecuario a través de sus hogares. Vemos su evolución numérica y su ubicación frente a la línea de pobreza en función de la edad y nivel educativo de los jefes de hogar. Prestamos especial importancia a la famosa "pluriactividad campesina", examinando la composición y dinámica de sus ingresos para precisar cuál es la importancia de la actividad agropecuaria frente a las demás actividades desempeñadas por la familia fuera de la finca. También, analizamos la tasa de ocupación en función del nivel de pobreza y de la educación del jefe del hogar.

En tercer lugar, nos dedicamos al estudio de un último problema de especial importancia, a nuestro modo de ver, pero al cual no se le ha prestado la atención debida hasta ahora. Me refiero a la existencia de hogares rurales que no tienen nada que ver con el sector agropecuario. Como veremos, hoy en día, representan la mayoría de los hogares en las localidades de menos de 2.500 habitantes. Las preguntas que surgen son: ¿Por qué estos hogares están ahí? ¿Por qué esta población no migra definitivamente a la ciudad como antes lo hacía? ¿Por qué, con la globalización, se rompió la vieja relación campo-ciudad vía las migraciones, tema de tanta importancia durante las décadas del desarrollo estabilizador? Intentamos contestar estas preguntas para, luego, comparar la situación de los hogares campesinos (Unidades Económicas Campesinas Pluriactivas) y de los hogares no campesinos (Unidades Familiares Rurales), analizando la evolución de sus ingresos y sus niveles de pobreza.

Terminamos el trabajo reflexionando sobre los datos encontrados a lo largo del trabajo y sugerimos unas breves pistas para la toma de decisión.

Nuestras fuentes de información son esencialmente estadísticas. Según los temas abordados, utilizamos diferentes fuentes, esencialmente: el Sistema de Información Agroalimentaria de Consulta (SIACON) de la Secretaría de Agricultura (SAGARPA), las estadísticas del Banco de México (Banxico), las Cuentas Nacionales, los censos de población y agropecuario así como las Encuestas Nacionales de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) de 1992 y 2004 del Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática (INEGI). Para los incisos 3 y 4, en los cuales analizamos los hogares campesinos y rurales, utilizamos las bases de los microdatos de la ENIGH que nos fueron facilitadas por el INEGI. Tanto para aligerar en la medida de lo posible el texto, como porque la mayoría de nuestros datos fueron contruidos a partir de las propias bases de datos del INEGI y no son accesibles en fuentes secundarias, optamos por agregar un anexo con los cuadros que hemos construido para nuestro análisis.

2. La evolución de la producción agropecuaria: el boom agrícola

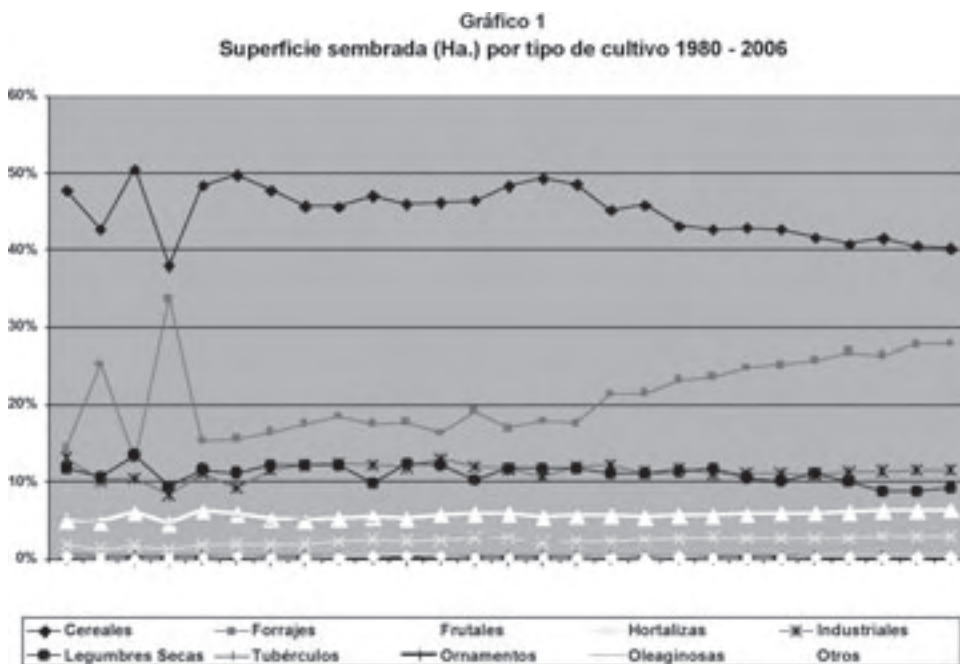
Existen diferentes perspectivas sobre la evolución de la producción agropecuaria en las últimas décadas. Sin embargo, podemos ubicar dos posiciones principales que se oponen: aquella que plantea la existencia de una crisis prolongada del campo o de la economía campesina y la otra que destaca el éxito del proceso de modernización tecnológica, reestructuración productiva, incremento de la producción así como de la productividad. Ambas posiciones reflejan parte de la realidad y sus puntos de vista encontrados se deben a discrepancias en sus posiciones sobre cuál debe ser el futuro del campo (Rosenweig, 2005). Para los primeros, es necesario proteger la pequeña producción familiar y fomentar el mercado interno para lograr un crecimiento con equidad y desarrollo sustentable; para los otros, la concentración de la producción es indispensable para ser competitivos en el mercado internacional. Cuando analizan la evolución del sector agropecuario, unos enfatizan el debilitamiento de la economía campesina, los otros destacan el incremento de la capacidad productiva. A nuestro modo de ver, ambos procesos coexisten; son complementarios, por lo cual encontramos las siguientes tendencias: 1) existe un fuerte proceso de con-

centración de la producción que se ha acelerado durante las dos últimas décadas; 2) que ha debilitado fuertemente parte de la producción familiar empresarial que no logró elevar debidamente su productividad así como parte de la pequeña producción familiar campesina que no se vincula a cadenas agroalimentarias (agroindustriales o aerocomerciales); 3) pero que se fortaleció a un núcleo de pequeños

productores integrados a estas cadenas, normalmente de carácter global.

2.1 La superficie cultivada

Con el reparto agrario, la superficie cultivada se ha incrementada notablemente durante el siglo XX. Desde hace



más de treinta años, se estabilizó entre los 21 y 22 millones de hectáreas (gráfico 1 y cuadro 1 en CD adjunto)²⁰⁸ Sin embargo, constatamos importantes cambios en la estructura productiva: 1) la superficie de los cereales disminuye constantemente a partir de 1985 por la reducción del arroz y del trigo (menos 200 mil ha), mientras el maíz se mantiene alrededor de 7,5 millones de hectáreas; 2) los forrajes se duplican desde la misma fecha (2,5 a 5,9 millones de ha), reflejando tanto el crecimiento de la ganadería extensiva con

praderas naturales (1 millón de ha en 15 años) como su modernización, en particular de la ganadería lechera, con cultivos intensivos de pastizales; 3) Los frutales crecen en 62% (839 mil a 1.360 mil ha) mientras las hortalizas lo hacen en cerca de 50% (320 mil a 620 mil ha) gracias a su competitividad en el mercado internacional; 4) el resto de los cultivos se mantienen o disminuyen sensiblemente.

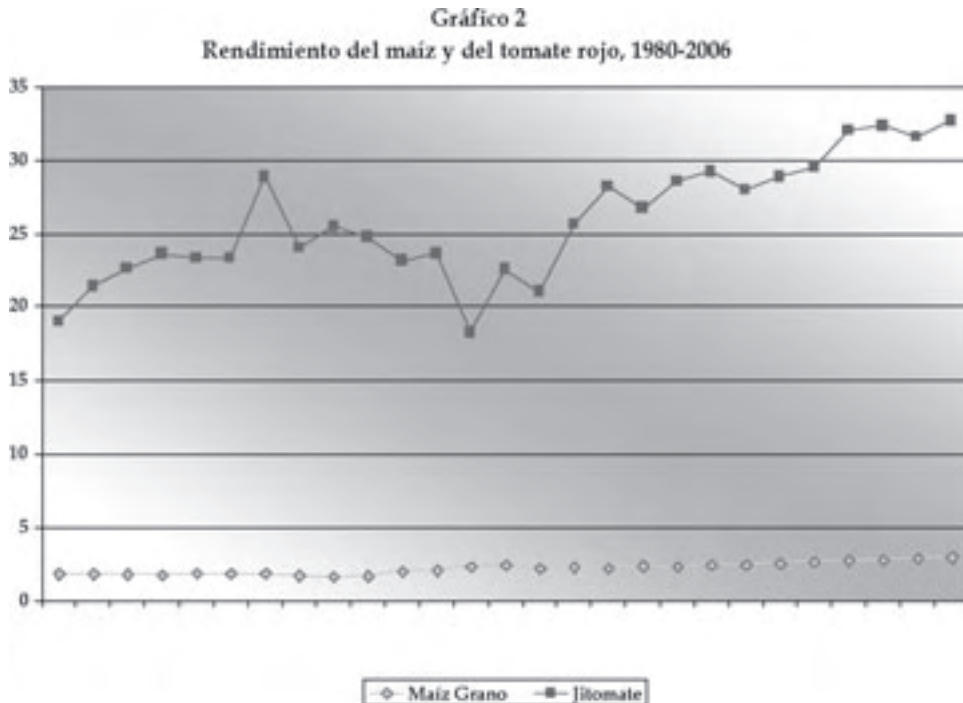
2.2 Los rendimientos y el volumen de la producción

Para analizar la evolución de los rendimientos y el volumen de la producción escogemos los dos cultivos más representativos del país: el maíz, principal producto de consumo po-

208. La fuente de los gráficos corresponde al cuadro asociado. Tanto este cuadro como los otros a que se hace referencia en el texto y que no se encuentran en él, están en el CD anexo al libro.

pular, y el jitomate, principal producto de exportación. En ambos cultivos, constatamos a nivel nacional un crecimiento constante y de largo plazo de los rendimientos desde la revolución verde. En 25 años, el rendimiento medio nacional del maíz creció en 67% (1,8 a 3,0 toneladas), manteniendo a lo largo del período la misma tasa de crecimiento que du-

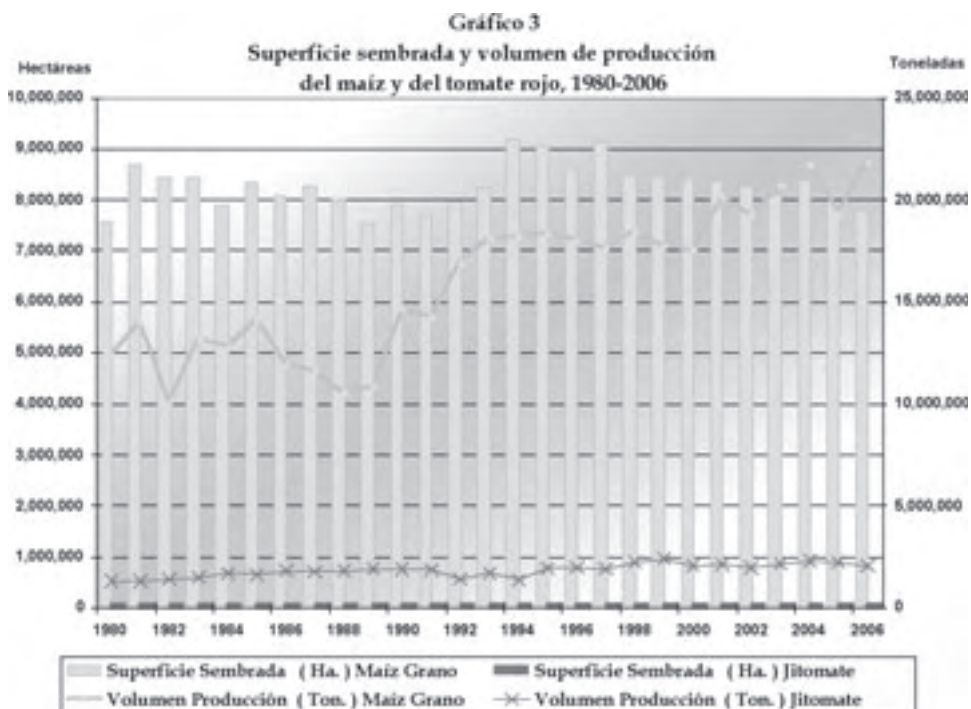
rante la revolución verde (gráfico 2, cuadro 2 en CD adjunto). Por su lado, el rendimiento medio nacional del jitomate creció en cerca de 60%, pasando de 19 a 32 toneladas por hectárea. Sin embargo, estas medias nacionales esconden grandes diferencias regionales y por empresa como lo vamos a ver enseguida.



Los incrementos promedio en los rendimientos tuvieron un fuerte impacto positivo sobre el volumen de producción con muy pequeñas variaciones en la superficie sembrada: sobre una superficie de alrededor de 7,6-7,9 millones de hectáreas se incrementó en 77% la producción de maíz mientras sobre una superficie de alrededor de 73-74 mil hectáreas se incrementó en 59% la producción

de jitomate (gráfico 3, cuadro 2 en CD adjunto). Vega y Ramírez (2004, p 20) calcularon para el caso del maíz que 71% del aumento de la producción se debe a los rendimientos y solo 21% al crecimiento de la superficie cosechada, confirmando que estamos frente a un incremento intensivo de la producción maicera²⁰⁹.

209. Es importante precisar que México es autosuficiente en maíz blanco que se destina al consumo humano pero deficitario en maíz amarillo que se destina a la ganadería y usos industriales (almidón).



Sin embargo, lo novedoso desde la década de los ochenta es el ensanchamiento de la brecha productiva entre los productores menos y más eficientes que podemos medir con los rendimientos. En maíz, en el año 1980 la máxima variación entre temporal y riego era de 2,7, hoy es de 12,0 (cuadro 3). Curiosamente, es en el mismo estado de Sinaloa, en donde encontramos la producción maicera más atrasada (en la sierra) y la más moderna (en los distritos de riego). En este estado, el rendimiento medio en temporal es el mismo que hace 25 años, mientras el rendimiento medio en riego se ha multiplicado por 5, alcanzando cerca de 10 toneladas, similar al rendimiento en los Estados Unidos, y los mejores productores logran hasta 15 toneladas. En jitomate, la máxima diferencia se encontraba entre el temporal de Oaxaca (10,8 ton) y el riego de Sinaloa (25,1 ton) con una variación de 2,3. Hoy, la máxima variación se encuentra otra vez entre el temporal y el riego del estado de Sinaloa con una variación

de 5,5. Las empresas menos eficientes producen escasamente 10 toneladas de jitomate mientras las más eficientes alcanzan 80 toneladas en campo abierto y cerca de 300 toneladas en invernadero.

Además, es importante notar que, en no pocos casos, hay una disminución de los rendimientos debido al desgaste ecológico de las tierras (menor fertilidad y menos agua) y la descapitalización de los productores. Para el maíz, es el caso en los estados de Campeche (riego), Coahuila (riego), Chiapas (temporal), Distrito Federal (temporal), Nuevo León (temporal), Querétaro (temporal), San Luis Potosí (temporal), Sonora (temporal), Tabasco (temporal) y Yucatán (temporal). Aún en el caso de un cultivo comercial como el jitomate, encontramos decrecimiento de rendimiento en los estados de Guerrero (riego), Nayarit (riego), Oaxaca (temporal), Sinaloa (temporal), Tabasco (temporal) y Yucatán (temporal).

Cuadro 1
Variación en los rendimientos del maíz (monocultivo) y del tomate rojo, 1980-2006

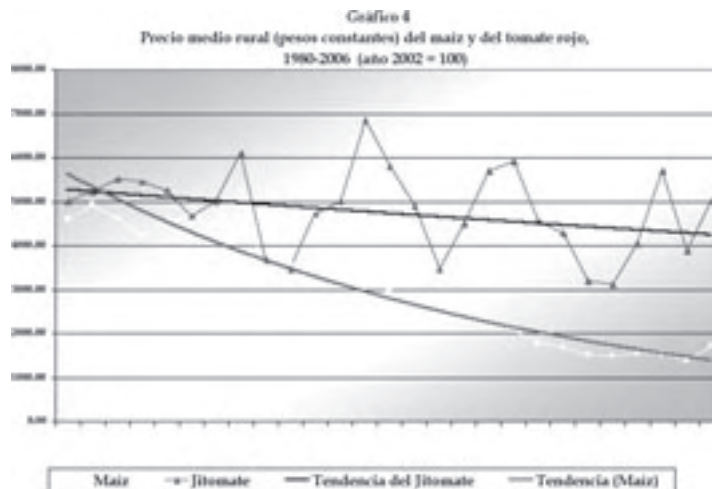
| Año | Cultivo | Rendimiento (Ton / ha) | | |
|------|-------------------------|------------------------|-------|-----------|
| | | Temporal | Riego | Variación |
| 1980 | Maíz Oaxaca | 1,0 | 1,4 | ----- |
| | Maíz Sinaloa | 0,7 | 1,9 | 2,7 |
| 2006 | Maíz Oaxaca | 1,2 | 2,4 | ----- |
| | Maíz Sinaloa | 0,8 | 9,6 | 12,0 |
| 1980 | Jitomate Oaxaca | 10,8 | 12,2 | ----- |
| | Jitomate Sinaloa | 16,7 | 25,1 | 2,3 |
| 2006 | Jitomate Oaxaca | 9,7 | 19,1 | ----- |
| | Jitomate Sinaloa | 6,6 | 36,4 | 5,5 |
| | Jitomate Sinaloa (Inv.) | ---- | 280,0 | 42,4 |

Fuente: SIACON, SAGARPA, elaboración propia

Constatamos, entonces que, en términos físicos, hubo: 1) un importante crecimiento de la producción que se debe a la modernización de la agricultura; 2) que la disparidad entre los productores ineficientes y los eficientes se acrecienta por la desigual reasignación de los recursos productivos a partir de la implementación de políticas públicas basadas en el fomento de las empresas más productivas y de las ventajas comparativas.

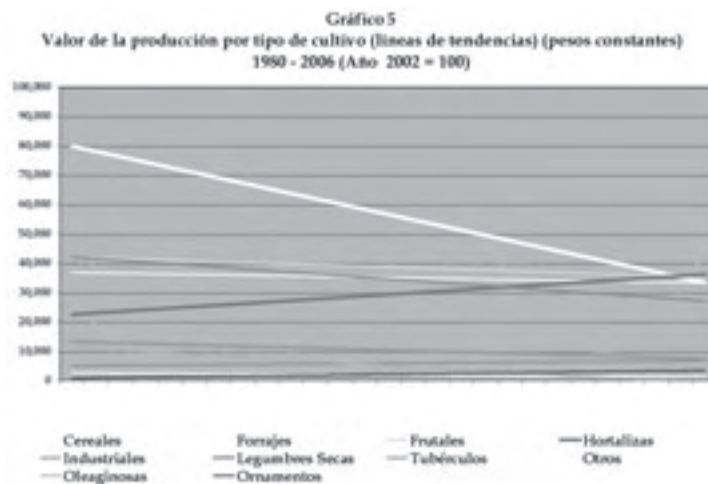
2.3 Los precios agrícolas y el valor de la producción

Durante este mismo período, los precios agrícolas reales tuvieron comportamientos diferenciados. En términos generales, los precios de los cultivos básicos disminuyeron fuertemente mientras los precios de los cultivos de exportación o de "lujo" lograron mantener sus precios o los vieron incrementar (gráfico 4 y cuadro 4 en CD adjunto), por su lado, el costo de los insumos subió. Así, las empresas se vieron obligadas a contrarrestar los efectos negativos del mercado con el incremento de su productividad y competitividad.



Esta situación se refleja en la variación del valor real de los cultivos (gráfico 5 y cuadro 5 en CD adjunto). El valor total de los cereales (esencialmente maíz) y de los cultivos industriales bajó en 38% entre 1980 y 2006, de los legumbres secos (esencialmente frijol) en 42%, de las oleaginosas en 752%,

mientras el valor total de los forrajes subió en 23%, de los frutales en 12%, de las hortalizas en 86%, de los tubérculos (esencialmente papa) en 34% y de las plantas de ornamento en 138%. En conjunto, el valor real total de la agricultura bajó en 13%.



Otra manera de analizar la evolución diferenciada de la rentabilidad de los cultivos es midiendo el índice de productividad de los cultivos por la relación que existe entre la superficie cosechada y el valor producido²¹⁰. Vemos que, tanto en 1980 como en 2006, cuatro grupos de cultivos destacan: las flores, las hortalizas, los tubérculos (concretamente la papa), y los frutales (cuadro 6). Sin embargo, el índice de productividad de los frutales bajó sensiblemente, creció un poco en las hortalizas y tuvo un muy fuerte incremento en las flo-

res y los tubérculos. Estos incrementos de productividad se deben al aumento de los rendimientos como del valor de los productos en el mercado nacional e internacional. Por su lado la productividad de los cereales (esencialmente maíz, pero también trigo, soja, sorgo, arroz, etc.), los forrajes, las legumbres secas (esencialmente frijol, pero también garbanzo y habas), los cultivos industriales (esencialmente caña de azúcar y café, pero también cebada, copra, algodón, tabaco, etc.) es notablemente baja.

210. El índice de productividad (IP) es la relación entre la superficie cosechada y el valor de la producción que se cosecha sobre esta misma superficie. Se obtiene con la siguiente fórmula: $IP = \frac{SCC \% SCT}{VC \% VT}$, en donde SCC = superficie cosechada del cultivo, SCT = superficie cosechada total, VC = valor del cultivo y VT = valor total de todos los cultivos. El total de los cultivos considerados para medir la productividad da el índice 1 (superficie = valor) y representa la media, cada cultivo particular tendrá un índice mayor a 1 si su productividad es más alta que la media y menor a 1 si su productividad es menor a la media. Dos variables inciden en este índice: el rendimiento y el precio. Entre mayores son estos factores más alto es el índice de productividad, entre menores más bajo es el índice de productividad.

Cuadro 2
Índice de productividad de los diferentes tipos de cultivos, 1930-2006

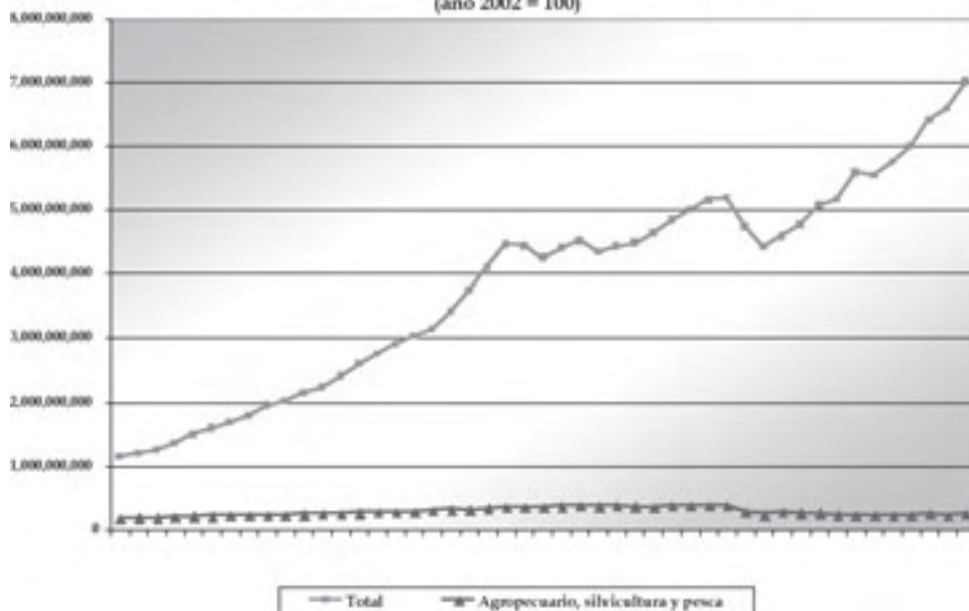
| Cultivos | 1980 | | | | | 2006 | | | | |
|-----------------|----------------------|-------|------------------------|-------|------|----------------------|-------|------------------------|-------|-------|
| | Superficie cosechada | | Valor de la producción | | IP* | Superficie cosechada | | Valor de la producción | | IP* |
| | Hectáreas | % (1) | Pesos | % (2) | | Hectáreas | % (3) | Pesos | % (4) | |
| Cereales | 7.681.896 | 47,8 | 75.458.912 | 30,3 | 0,63 | 8.091.423 | 40,9 | 50.673.079.431 | 21,8 | 0,53 |
| Forrajes | 2.423.738 | 15,1 | 30.197.879 | 12,1 | 0,80 | 5.619.089 | 27,8 | 39.801.832.628 | 17,1 | 0,61 |
| Frutales | 761.526 | 4,7 | 39.458.018 | 15,8 | 3,36 | 1.258.038 | 6,2 | 47.364.756.533 | 20,4 | 3,29 |
| Hortalizas | 303.606 | 1,8 | 19.498.265 | 7,8 | 4,33 | 602.498 | 2,9 | 38.928.731.531 | 16,7 | 5,75 |
| Industriales | 2.121.605 | 13,2 | 47.719.114 | 19,1 | 1,44 | 2.170.016 | 10,7 | 31.717.118.466 | 13,6 | 1,27 |
| Legumbres secas | 1.689.947 | 10,5 | 16.273.084 | 6,5 | 0,61 | 1.866.695 | 9,2 | 10.084.859.003 | 4,3 | 0,46 |
| Oleaginosas | 903.580 | 5,6 | 11.688.789 | 4,7 | 0,83 | 212.856 | 1,0 | 943.274.061 | 0,4 | 0,40 |
| Ornamentales | 13.639 | 0,08 | 1.671.227 | 0,6 | 7,50 | 19.516 | 0,1 | 4.262.566.692 | 1,8 | 18,00 |
| Tubérculos | 83.294 | 0,5 | 5.239.541 | 2,1 | 4,20 | 65.806 | 0,3 | 7.509.905.638 | 3,2 | 10,66 |
| Otros | 56.999 | 0,3 | 1.446.436 | 0,5 | 1,66 | 274.369 | 1,3 | 1.422.848.206 | 0,6 | 0,46 |
| Total nacional | 16.039.830 | 100,0 | 248.651.265 | 100,0 | 1,00 | 20.180.306 | 100,0 | 232.708.972.189 | 100,0 | 1,00 |

2.4 El Producto Interno Bruto Agropecuario

La caída de la rentabilidad para el conjunto de la agricultura se refleja en la brutal disminución de la Tasa Media de Crecimiento del PIB agropecuario en términos reales a partir de 1982, año de grave crisis financiera y devaluación (gráfico 6 y cuadro 7 en CD adjunto). Desde la revolución verde (1960) hasta esta fecha, la TCMA es de 4,1%. Luego, se inicia una etapa de recesión con un crecimiento real de apenas 0,68% hasta la crisis financiera y devaluación que se inicia en

diciembre de 1993. Finalmente, tenemos una tercera etapa que prosigue hasta la fecha con una tasa negativa de - 0,6 anual. Es importante notar que esta última etapa tiene un comportamiento errático: los años 1994 y 1995 fueron de crisis aguda por los efectos de la brutal devaluación de diciembre de 1993, luego tenemos años de bonanza seguidas por años de crisis que son el reflejo de la nueva estructura económica nacional volcada hacia el mercado de exportación con productos eminentemente especulativos (frutas, hortalizas, flores).

Gráfico 6
 PIB agropecuario, miles de pesos constantes, 1960-2006
 (año 2002 = 100)



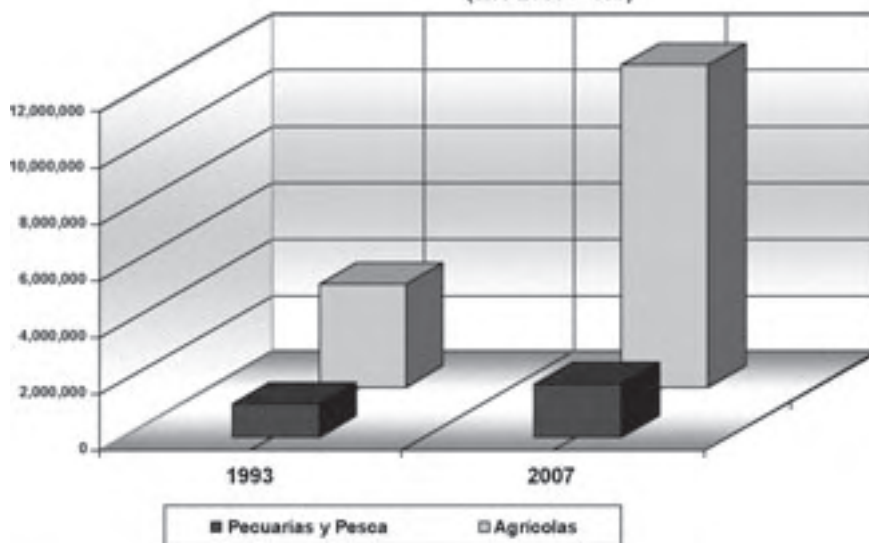
Finalmente, hay que destacar que el PIB agropecuario ha crecido menos que la población nacional, por lo cual su valor por cada habitante ha bajado brutalmente durante el período analizado: en 1980 era de 5 mil pesos reales por habitante, en 1985 era de 2 mil pesos reales (cuadro 8 en CD adjunto).

2.5 Las exportaciones agropecuarias

Desde hace años, las exportaciones agropecuarias se han incrementado constantemente: casi se triplicaron en términos reales en los últimos 15 años (gráfico 7 y cuadro 9 en

CD adjunto). Por mucho es la agricultura la actividad más dinámica ya que su importancia en el conjunto de las exportaciones se incrementa constantemente y representa actualmente 86% de su valor. Los productos que destacan son las hortalizas que representan actualmente 30% de las exportaciones agrícolas y las frutas frescas con 17%. Las exportaciones ganaderas y pesqueras crecen ligeramente pero pierden peso frente a la expansión de las exportaciones agrícolas. Por su lado, el café, otrora el producto más importante de exportación, conoce una larga crisis debido a la sobreproducción mundial y ahora no tiene relevancia (cuadro 10 en CD adjunto).

Gráfico 7
Valor de las exportaciones agropecuarias, miles de dólares constantes,
1993-2007
(año 2000 = 100)



Todos los datos que hemos visto hasta ahora confirman la existencia de dos procesos que se combinan: 1) el incremento de la producción gracias a la reestructuración tecnológica de la agricultura, 2) el incremento de la desigualdad entre las empresas ineficientes y las eficientes. Las empresas que logran contrarrestar los efectos de la caída de los precios con el incremento de su productividad y competitividad se mantienen en el mercado, incluso mejoran su posición, las demás se mantienen en el autoconsumo o salen del mercado. Estamos frente a un proceso de reestructuración productiva provocada por una crisis de rentabilidad. Veremos, en el inciso 3, que existe efectivamente un fuerte proceso de concentración de la producción junto con la desaparición de un número importante de productores. Asistimos, entonces, a una profundización del desarrollo capitalista en el campo, acelerada por las políticas de privatización y apertura comercial. Estas políticas lograron sus objetivos de relanzar la producción e incrementar el comercio internacional, pero lo hicieron acelerando la concentración productiva y la exclusión social.

3. El sector agropecuario: su concentración y polarización creciente

3.1 Las empresas agroexportadoras²¹¹

No disponemos de datos recientes para estudiar las empresas agropecuarias porque no se levantó el censo Agrícola-Ganadero de 2001²¹². Aunque los datos del censo agropecuario de 1991 son viejos, los utilizamos porque dan una clara visión del grado de concentración de lo que podemos definir como la agricultura moderna mexicana. En el subsector agrícola, de 3,8 millones de unidades productivas solo 11.744 (0,3%) empresas (capitalista o familiar campesina) reportaron vender su producción en el mercado nacional y/o exportar, mientras 1.663.308 (43,4%) vendieron su producción en el mercado local o nacional (además de realizar autoconsumo) y 1.757.611 (45,9%) reportaron producir solo para el autoconsumo familiar (cuadro 11)²¹³.

²¹¹. Los datos de este inciso provienen de C. de Grammont, 2007.

²¹². El censo se levantó a finales de 2007 pero sus resultados no están aún disponibles.

²¹³. 10,3% no reporta el destino de su producción.

Cuadro 3
Clasificación de las empresas según el destino de su producción

| Destino de la producción | Unidades de Producción | |
|--|------------------------|-------|
| | Cantidad | % |
| Solo autoconsumo | 1.757.611 | 45,9 |
| Venta en el mercado local y nacional | 1.663.308 | 43,4 |
| Venta en el mercado nacional y exportación | 11.744 | 0,3 |
| Total Nacional | 3.827.587 | 100,0 |

Fuente: VII Censo agropecuario, 1991, INEGI.

Si no consideramos los estados productores de café, producto en crisis y donde encontramos esencialmente minifundistas sin ninguna tecnología, vemos que únicamente 4.509 empresas agrícolas producen para la exportación (todo o parte de su producción), representando 0,1% del total de las unidades de producción agrícolas del país (cuadro 12 en CD adjunto). Estas empresas se dedican a la producción de hortalizas, frutas y flores y compiten con éxito en el mercado internacional²¹⁴.

Si bien la mayoría de estas empresas se ubican principalmente en el estado de Michoacán (16,7%; con aguacate, mango, limón y melón), las más grandes y con mayor desarrollo tecnológico se ubican en Sonora (14,6%; con uva, na-

ranja, melón sandía, espárrago, tomate), Sinaloa (13,1%; con jitomate, calabacita, chile, etc., mango), Jalisco (12,2%; con calabacita, jitomate, chile, tomate verde, mango, aguacate y melón), Tamaulipas (8,5% con cebolla, chile, limón, naranja), Baja California (7,9%; con cebollín, lechuga, espárrago, jitomate, uva) y Baja California Sur (7,5%; con chile, tomate, dátil, naranja, uva) (www.sagarpa.gob.mx).

Aunque, desde hace dos décadas, para producir y estar en el mercado todo el año, las empresas agroexportadoras de hortalizas se han ubicado en nuevas zonas productoras, las regiones tradicionales del noroeste, Sinaloa y Sonora, se han fortalecido por su cercanía al mercado norteamericano al cual se destina la casi totalidad de sus exportaciones y dominan el sector por su tamaño, desarrollo tecnológico y mano de obra (C. de Grammont, 1990; Lara Flores, 1998; C. de Grammont y Lara Flores, 1999).

Es importante recalcar que no todas las empresas que producen hortalizas de exportación son grandes empresas capitalistas ya que encontramos pequeñas unidades de producción familiar: tenemos cerca de 2 mil unidades campesinas muy pequeñas (menos de 2 ha), más de 4 mil pequeñas (de 2 a 5 ha), cerca de 2 mil medianas (de 20 a 50 ha) y más de mil muy grandes (más de mil ha) (cuadro 13 en

214. En el subsector ganadero (incluyendo todo tipo de ganadería) la polarización es aún más marcada. 75,4% (2.386.927) de las unidades que declaran tener algún tipo de producción ganadera autoconsume la totalidad de su producción (conocida como producción de traspatio), 24,3% (769.941) venden en el mercado local y nacional, 0,23% (7,391) también exportan su producción. En el subsector forestal, de las 1.219.166 unidades de producción que declararon tener actividad forestal 97,4% (1.188.109) son de autoconsumo, 2,5% (30.529) venden en el mercado nacional y 0,04% (528) exportan (INEGI, Censo Agropecuario, 1991; C. de Grammont, 1998 y 2001)

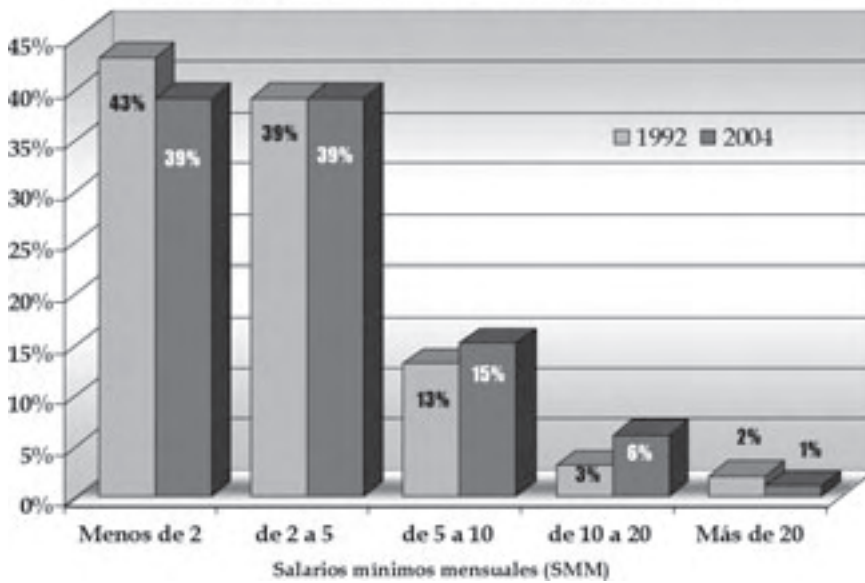
CD adjunto). Estas pequeñas o medianas unidades productivas, integradas a cadenas productivas, funcionan como "agromaquiladoras" de las grandes empresas integradoras que compran su producción en función de la demanda. Con ello, externalizan los riesgos de sobreproducción en un mercado sumamente especulativo.

3.2. La evolución del número de los hogares agropecuarios²¹⁵

En 1992, había 3,8 millones hogares agropecuarios, en 2004 se reportaron solo 2,4 millones: desaparecieron 1,4 millón hogares agropecuarios (cuadro 14 en CD adjunto). Por estrato de ingresos, desaparecieron 42% (697.831) de los hogares

con un ingreso de menos de 2 salarios mínimos mensuales (SMM), 36% (527.860) con un ingreso de 2 a 5 SMM, 28% (145.548) con un ingreso de 5 a 10 SMM, 22% (27.297) con un ingreso de 10 a 20 SMM y 75% (53.275) con un ingreso de más de 20 SMM. (gráfico 8 y cuadro 15 en CD adjunto)²¹⁶. No tenemos datos más recientes pero es probable que esta tendencia sigue hasta la fecha. En poco más de una década, desaparece más de una tercera parte de los hogares agropecuarios, que incluyen todos los niveles de ingresos, lo cual indica un cambio drástico en la estructura del sector. Los que parecen resistir mejor son los hogares agropecuarios de nivel medio (5-20 SMM), lo cual mostraría el fortalecimiento de una capa media de productores²¹⁷.

Gráfico 8
Hogares agropecuarios por nivel de ingreso (SMM)



215. Asimilamos el hogar a la unidad de producción familiar, lo cual es correcto para la casi totalidad de los casos. Esta asimilación es incorrecta solo en el caso de las muy grandes empresas, como son las empresas agroexportadoras; sin embargo, es preciso señalar que de por sí estas empresas no se toman en cuenta en la ENIGH ya que el módulo agropecuario de la encuesta que utilizamos se aplica en las ciudades de menos de 100 mil habitantes cuando la sede de las grandes empresas se ubican normalmente en ciudades mayores a este tamaño.

216. Podemos considerar que los hogares de menos de 2 SMM corresponden a campesinos indigentes o pobres, de 2 a 5 SMM son pobres o con una reproducción simple, de 5 a 10 son campesinos con bienestar, de 10 a 20 son campesinos con bienestar y capacidad de acumulación, de más de 20 SMM son productores con acumulación alta.

217. En la medida en que la superficie cultivada no ha variado durante estos años la hipótesis de una fuerte concentración de la producción en unidades fuertemente capitalizadas se impone.

Así, los hogares que desaparecieron no fueron solo los más pobres, como lo planteó el gobierno para justificar sus políticas de reestructuración económicas en la década de los noventa, sino que desaparecieron tanto productores pobres (esencialmente con autoconsumo y poca vinculación con el mercado) como productores esencialmente o exclusivamente vinculados con el mercado. En el contexto de una estructura agraria profundamente segmentada, es razonable pensar que los hogares de autoconsumo desaparecieron por razones diferentes a las que tuvieron los hogares mercantiles. Los primeros abandonaron su muy escasa actividad agropecuaria porque ganaban mejor su vida migrando para buscar un salario mientras los segundos no pudieron resistir las nuevas reglas de la competencia (menos subsidios en el contexto de un mercado más abierto) (véase inciso 3.4 y 3.5). El alto nivel que conservó la cartera vencida agropecuaria hasta el año 2003 confirma las enormes dificultades por las cuales han pasado un número importante de empresas desde hace dos décadas (cuadro 16 en CD adjunto). Es preciso agregar que si el nivel de endeudamiento está bajando desde hace unos años no es porque las condiciones han mejorado, sino porque la banca, tanto comercial como de desarrollo, ha extremado sus condiciones para prestar a los productores agropecuarios y, por lo tanto, ha disminuido su apoyo al sector²¹⁸.

También pudieron intervenir factores demográficos por el envejecimiento de la población ya que la edad promedio de los jefes de hogares agropecuarios era de 47 años en 1992 pero de 53 años en 2004.

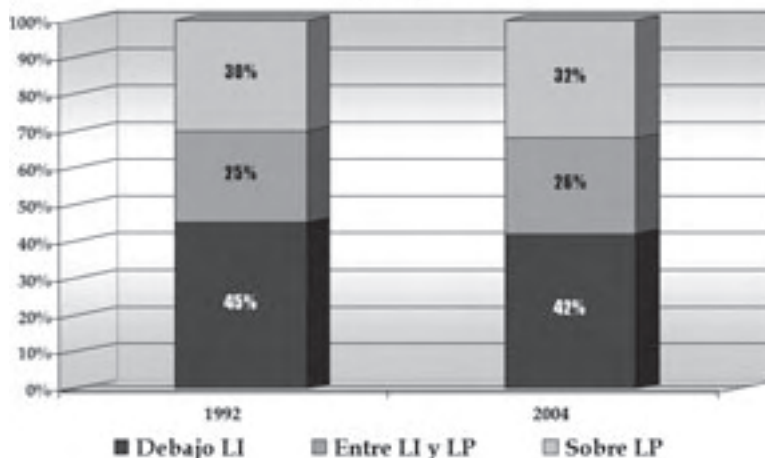
3.3 La polarización del sector (línea de pobreza y de indigencia)²¹⁹

Desde hace tiempo, numerosos estudios han demostrado que la estructura del sector agropecuario mexicano es sumamente polarizada (Reyes Osorio *et al.*, 1974; CEPAL, 1882). Para el año 1970, la CEPAL muestra que 55% de las unidades de producción eran de infrasubsistencia, es decir que no alcanzaban a producir para su sustento y debían complementar sus ingresos con actividades fuera del predio: eran campesinos pobres. Veintidós por ciento eran campesinos de subsistencia que podían vivir de su producción pero sin producir ningún excedente económico. Los datos de la ENIGH permiten confirmar con mucha precisión que esta situación no ha cambiado. En 1992, 45% de los hogares agropecuarios estaban debajo de la línea de indigencia (LI) y 25 debajo de la línea de pobreza (LP) (gráfico 9 y cuadro 17 en CD adjunto). En 2004, eran 42% y 26% respectivamente. Si bien los datos de la CEPAL y de la ENIGH no son estrictamente comparables, ponen en evidencia que históricamente la mayoría de los productores son minifundistas pobres que tienen escasa vinculación con el mercado y no logran vivir de la agricultura. Ni las políticas proteccionistas con fuerte intervención estatal ni las políticas de apertura y privatización fueron capaces de modificar esta situación.

²¹⁸. De hecho, los sistemas de financiamiento se han modificado profundamente en los últimos 20 años.

²¹⁹. Para determinar la línea de pobreza en función de la composición demográfica de los hogares tomamos en cuenta el ingreso per cápita del hogar. Para definir la línea de pobreza monetaria en 2004 adoptamos los niveles de pobreza per cápita definidos por la CEPAL (2006: 319) y para 1992 deflactamos los datos sobre la base de 1994.

Gráfico 9
Hogares agropecuarios por línea de indigencia (LI) y línea de pobreza (LP),
1992 - 2004



Se suele plantear que la edad es un factor importante que explica el atraso del campo y, por ende, la pobreza. Por eso, la Secretaría de la Reforma Agraria tiene un programa dedicado a jubilar a los agricultores de mayor edad para facilitar la instalación de jóvenes (www.sra.gob.mx). Sin embargo, los datos de la ENIGH muestran que la edad promedio de los jefes de hogares agropecuarios pobres es menor que la de los jefes de hogares por encima de la línea de pobreza (43 y 51 años respectivamente en 1992, 50 y 58 en 2004) (cuadro 18 en CD adjunto). Encontramos la misma tendencia al cruzar la edad con el nivel de ingresos de los hogares.

Otro factor que suele explicar el nivel de pobreza es el nivel educativo de los agricultores (Yunez-Naude y Taylor, 2000). La primera constatación es que el nivel educativo en el sector agropecuario es bajo: en 2004, 28% no tiene ninguna escolaridad, 60% tiene primaria completa, 7% secundaria, 2% preparatoria o nivel equivalente, 2% tiene una carrera técnica. Sin embargo, la situación ha mejorado en comparación a 1992 ya que, en esta fecha, 36% es analfabeta, 44% tiene primaria incompleta, 15% primaria completa, 4% secundaria y 1% con preparatoria o equivalente y con una carrera comercial respectivamente (cuadros 19-20 en CD adjunto). Vemos también que para 2004, 32% de los productores por debajo de la LP no tenían instrucción pero 57% tenían

primaria completa mientras por el lado de los productores encima de la LP 19% no tenían instrucción mientras 67% tenían primaria completa. Sin duda, el nivel escolar de los más pobres es más bajo que el nivel escolar de aquellos que están por encima de la LP, pero también es cierto que una proporción relativamente similar de los jefes de hogar con estudios de primaria se encuentra tanto debajo como encima del nivel de pobreza (57% y 67% respectivamente). El nivel de ingreso según el nivel educativo permite precisar la relación existente entre educación e ingresos (cuadros 21-22 en CD adjunto): aún en los niveles más bajos de ingreso, encontramos agricultores con niveles educacionales altos, sin embargo, como era de esperarse, es en los mayores niveles de ingresos que encontramos los niveles educativos más altos.

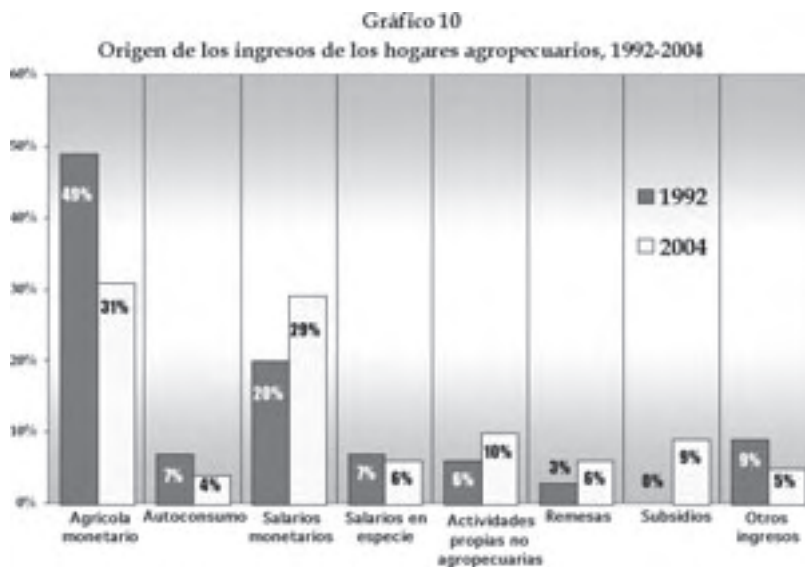
Finalmente, si cruzamos la edad con el nivel educativo, vemos que hay una notable mejoría en el nivel educativo de los jefes de hogar (cuadros 23-24 en CD adjunto). En 1992, 13% de los jóvenes entre 15 y 19 años no tenían ninguna instrucción y 54% tenían la primaria, en 2004 todos los jóvenes han cursado algunos años de escuela mientras el 91% tiene la primaria completa. Por el lado de los adultos, en 1992, más del 70% de los mayores de 70 años no tienen ninguna instrucción y casi ninguno tiene la primaria completa;

en 2004, menos de la mitad no tiene instrucción y el resto tiene primaria completa.

Así, si bien la educación constituye un factor positivo para obtener mayores ingresos, parece necesario reflexionar sobre la incidencia de la distribución desigual de los medios de producción: mientras la mayoría de los productores sean minifundistas, el nivel educacional es un factor positivo pero insuficiente para acabar con la pobreza de los agricultores. La educación no puede sustituir la acción gubernamental en materia de política económica.

3.4. La pluriactividad en el sector agropecuario

Si bien la pluriactividad no es un hecho nuevo en la agricultura, su actual significación e importancia no tiene antecedentes (véase inciso 3.5). Hoy, no solo todos los hogares agropecuarios son pluriactivos (90% en 1992 y 98% en 2004) sino que la parte de sus ingresos que provienen de la agricultura disminuye drásticamente con el tiempo (49% en 1992, 31% en 2004) mientras crecen los ingresos asalariales (20% y 29% respectivamente), los ingresos de los negocios propios 6% y 10%), las remesas (3% y 6%) y los subsidios gubernamentales (0% y 9%) (gráfica 10 y cuadro 25 en CD adjunto).



La dinámica de la pluriactividad varía también según el nivel de ingresos. Fue, en primer lugar, una estrategia de los hogares pobres para contrarrestar los efectos de la falta de productividad de la pequeña producción familiar (en 1992 representa 47% de los ingresos de los hogares más pobres con menos de 2 SMM, en 2004 representa 68% de sus ingresos), pero se extendió hacia los hogares más desahogados que ahora también tienen dificultades para mantener su negocio agropecuario (en 1992, representa 24% de los

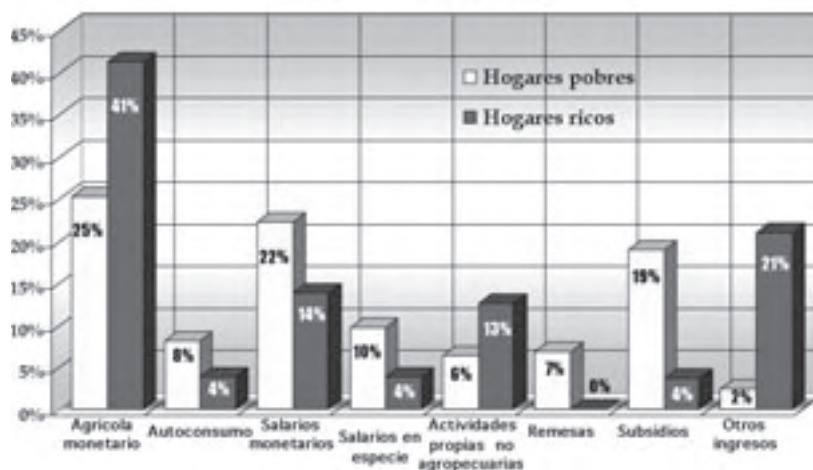
ingresos de los hogares más ricos con más de 20 SMM, en 2004, representa 55% de sus ingresos) (cuadros 26-27 en CD adjunto). La pluriactividad desaparece en los niveles de ingresos más altos, en las empresas en donde el hogar se diferencia claramente del negocio. Ahí prevalece el criterio empresarial de la especialización.

Asimismo, la combinación de las actividades varía según el nivel de ingreso de los hogares (gráfico 11). Como era de

esperarse, mientras más pobres, menos importancia tienen los ingresos monetarios agropecuarios; mientras más ricos, más importantes son estos ingresos: representan 32% de los ingresos totales para los hogares con menos de 2 SMM y 74% para los hogares con más de 20 SMM en 1992 pero bajan a 25% y 41% respectivamente en 2004. Por otro lado, es notorio que la importancia del autoconsumo baja en todos los hogares, pero muy particularmente en los hogares más pobres (de 21% del total de los ingresos a 8%). Actualmente, las actividades fuera del predio más importantes para los hogares más pobres son el trabajo asalariado (32% del ingreso total) que representa un ingreso similar al ingreso agropecuario²²⁰, luego, encontramos los subsidios gubernamentales que representan 19% del ingreso total y, final-

mente, las remesas junto con las actividades propias fuera del predio (7% y 6%). Para los hogares más ricos, la situación es diferente: los ingresos agropecuarios mantienen mayor importancia (45%), también las otras actividades propias fuera del predio son más relevantes (13%), los ingresos asalariados bajan (18%) así como los subsidios (4%); además, no encontramos remesas en esos hogares. La pluriactividad de los campesinos pobres corresponde, entonces, esencialmente a su asalarización mientras en los hogares desahogados corresponde más a la búsqueda de otros negocios propios. Debemos hablar, entonces, de una pluriactividad diferenciada según el nivel de reproducción de los hogares agropecuarios.

Gráfico 11
Ingresos por actividad en los hogares pobres (menos de 2 SMS) y ricos (más de 20 SMM), 2004



220. Si juntamos los ingresos por salario con las remesas, que juntos conforman en sentido estricto el ingreso asalariado del hogar, esta proporción sube a 39% de los ingresos totales.

Por su lado, los negocios propios fuera de la finca adquieren cada vez mayor importancia: en 1992, 23% de los hogares agropecuarios tenían negocios propios y estos representaban 6% de sus ingresos, en 2004 era 30% de los hogares con 10% de sus ingresos (cuadro 28 en CD adjunto). Los negocios más recurrentes son los talleres artesanales, los comercios, las prestaciones de servicio y los negocios de procesamiento de materias primas. En términos de ingresos, los negocios propios se concentran en los hogares medios, esencialmente de 2 a 5 SMM (con 42% de todos los ingresos por actividades propias fuera del predio en 1992 y 30% en 2004) pero también de 5 a 10 SMM (con 30% de todos los ingresos por actividades propias fuera del predio en 1992 y 2004) (cuadro 29 en CD adjunto). Es notorio que estas actividades adquieren importancia en los hogares de 10 a 20 SMM) con 7% en 1992 y 23% en 2004. Si bien hay muchos hogares con ingresos bajos (menos de 2 SMM) tienen negocios propios (32% en 1992 y 26% en 2004), los ingresos que generan son reducidos (9% en 1992 y 7% en 2004). Por su lado, en los hogares más desahogados (más de 20 SMM) la pluriactividad pierde relevancia.

3.5. La tasa de ocupación²²¹

La tasa de ocupación mejora notablemente en las dos últimas décadas. En 1992, solo 27% de los hogares agropecuarios tienen una tasa de ocupación alta pero esta proporción sube a 44% en 2004 (cuadro 30 en CD adjunto). Esta tasa de ocupación alta creció en 12% en los hogares pobres pero en 25% en los hogares sobre la LP. Si desagregamos la tasa de ocupación por nivel de ingreso, constatamos que los hogares con menos de 2 salarios mínimos mensuales mejoran notablemente su tasa de ocupación alta entre 1992 y 2004 (29% a 43%). Por su lado, los hoga-

res con mayor ingreso (más de 20 SMM) pasan de 45% a 61% (cuadro 31-32 en CD adjunto). En ambos casos, tenemos un incremento de la tasa alta de ocupación similar (14% y 16%).

A partir de lo que hemos visto en el inciso anterior, podemos deducir que en los hogares más pobres, la ocupación mejoró en actividades asalariadas, mientras en los hogares más desahogados fue más bien en actividades propias. Esto nos lleva a una segunda constatación: debido a la caída de los salarios (y también del precio del maíz), esta mejoría de la tasa ocupacional no fue suficiente para salir de la pobreza. En el mejor de los casos, puede ser que hayan mejorado sus ingresos sin salir de la pobreza pero puede ser también que este aumento de la tasa de ocupación simplemente no fue suficiente para contrarrestar los efectos negativos de la caída de los salarios así como de los precios agrícolas. Llegaremos a la misma conclusión, más adelante, cuando estudiemos la problemática de los hogares rurales (inciso 3.5).

Por otro lado, si bien la tasa de ocupación creció sensiblemente más en las localidades urbanas que en las rurales, es notorio que la diferencia es moderada: en 1992, 28% de los hogares urbanos tienen una tasa de ocupación alta mientras son 27% en los hogares rurales, en 2004 son 48% y 42% respectivamente (cuadro 33 en CD adjunto). Esto se debe muy probablemente al impresionante desarrollo de las redes migratorias en el campo que permiten a sus habitantes, a pesar de las condiciones de marginación y aislamiento (véase inciso 3), tener acceso a los mercados de trabajo, tanto a nivel local, regional, nacional como internacional (Lara, 2007). Cada vez más, existe mayor encadenamiento entre estos diferentes niveles del mercado laboral (Lara y C. de Grammont, en prensa).

²²¹ La tasa de ocupación corresponde al número de miembros del hogar con más de 12 años que trabajan (trabajadores) sobre el número total de miembros de más de 12 años (consumidores). Una tasa baja corresponde a una relación menor a 33% entre trabajadores y consumidores; una media corresponde a una relación entre 33% y 66%, un alta rebasa 66%.

4. El factor demográfico y la desagrarización: el predominio de los hogares no campesinos en el campo²²²

4.1 La migración campo-ciudad y los cambios en los mercados de trabajo

En 1921, la población rural era de cerca de 10 millones y representaba 68% de la población total. Actualmente, se acerca a 25 millones y representa 25% de la población del país (cuadro 34 en CD adjunto). A lo largo del siglo XX, la población urbana se incrementa a pasos agigantados pero siguiendo una curva de Gaos. Su tasa anual de crecimiento es de 2,2% en la década de los veinte, alcanza 6,1% en los sesenta. A partir de esta fecha, vuelve a bajar tan rápido como subió ya que para la década de los noventa estaba en 2,5%, el mismo nivel que se tenía a principio de siglo. El punto de quiebre que marca el dominio de la urbanización se da al inicio de la década de los sesenta cuando la población se divide por mitad entre rural y urbana.

Gran parte del crecimiento urbano es exógeno porque se debe a los enormes flujos de migración definitiva del campo a la ciudad²²³, pero debemos distinguir dos etapas en este proceso: la primera que corresponde al proceso de industrialización hacia adentro y desarrollo estabilizador, la segun-

222. Utilizamos como sinónimo "campo" y "rural". Para delimitar este espacio geográfico y social nos atenemos a la definición de la población rural del INEGI (localidades con menos de 2.500 habitantes) porque esto nos permite utilizar las fuentes censales con las cuales cuantificamos los procesos estudiados, hacer comparaciones históricas así como entre países ya que es el criterio comúnmente utilizado a nivel internacional. Si, en vez de tomar las localidades de 2.500 habitantes utilizamos las de 10 mil habitantes como lo proponen algunos autores, la población rural pasa de 24,7 millones a 31,1 millones de habitantes (25,4% a 31,9% de la población total). Hemos realizado un ejercicio para medir las posibles diferencias entre estas dos opciones y las variaciones obtenidas no son significativas.

223. Durante la década de los treinta 2,8% de la población rural migra a la ciudad, durante la década de los cuarenta esta proporción sube a 6% mientras durante los cincuenta baja a 4,3% (CEED, 1970).

da que corresponde a la globalización y apertura comercial. Las causas de la migración así como los tipos de migración y los flujos migratorios son distintos en ambos momentos.

En el primer período, la población urbana creció mucho más rápido que la población rural, en buena medida, por el efecto de las migraciones definitivas del campo hacia la ciudad que tuvieron su auge durante las décadas de 1950 a 1970, muy particularmente hacia las grandes ciudades de México, Guadalajara y Monterrey²²⁴.

Durante este período, la migración masiva campo-ciudad se debe a varios factores que se combinan, de los cuales destacan tres:

1) La separación de la industria doméstica, tradicionalmente conocida como artesanía, de la agricultura debido al proceso de industrialización y sustitución de productos domésticos por productos industriales. Este proceso, también conocido como especialización del sector agropecuario, se dio a partir de la década de los cuarenta y canceló numerosos empleos en el campo.

2) El importante crecimiento demográfico debido a la elevada tasa de natalidad en el campo con la disminución de la mortalidad por el mejoramiento del sistema de salud pública.

224. Según Alba (1977) entre 1940 y 1950 la población urbana creció en 2,8 millones de habitantes, de los cuales 1,7 millón se debe a las migraciones que provienen esencialmente de localidades rurales (crecimiento social); en la siguiente década (1950-1960) el crecimiento urbano fue de 4,9 millones de habitantes de los cuales 1,8 millón provenían esencialmente de las migraciones desde las localidades rurales; finalmente entre 1960 y 1970 la población urbana crece en 8.4 millones de los cuales 2,7 millones son por migración. Sin embargo, Alba hace notar que en estos cálculos los nacimientos de los migrantes establecidos se contabilizan como crecimiento natural cuando son de hecho un efecto indirecto del crecimiento social (migración). Precisa que si se contabiliza los nacimientos de los migrantes establecidos como crecimiento social (efectos directos e indirectos), 69% del crecimiento de la población se debe a la migración durante la década de los sesenta.

3) La crisis de rentabilidad de la economía campesina que se inicia en 1957 con el control del precio del maíz pero, como lo vimos en el inciso 1.3, se agrava a lo largo de los años con la caída de los precios de otros productos claves de la economía campesina tal como el henequén y el café mientras los precios de los insumos se incrementaron notablemente²²⁵. Viejo fenómeno conocido como intercambio desigual campo-ciudad.

Hasta la década de los setenta, los migrantes del campo fueron esencialmente jóvenes, más mujeres que hombres, aunque con el tiempo la migración familiar se fue incrementando²²⁶. Son, entonces, las hijas e hijos de las familias rurales pobres, familias campesinas o no, los que conforman el grueso de la migración campo-ciudad durante varias décadas²²⁷. Son, en buena medida, resultado del desgaste de la capacidad productiva de las unidades campesinas. Sin embargo, es importante recordar que, durante estos mismos años, y, a pesar de las condiciones adversas para la pequeña economía familiar, se incrementó el número de unidades de

225. El precio del maíz quedó bloqueado entre 1957 y 1973, durante este período disminuyó en términos reales en 33% (Gómez Oliver; 1978, p. 727).

226. Todos los autores destacan la temprana edad de los migrantes, así como la predominancia de la migración de las mujeres sobre los hombres. P. e., Corona Cuapio *et al.* (1999) plantean que entre 1965 y 1995 la edad promedio de los migrantes fue de 21,9 años, también precisan que con el tiempo se incrementa la migración familiar; el Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México (CEED, 1970) afirma que entre 1940 y 1970 la migración rural se concentra en las edades de 10 a 29 años y que en la década de los treinta había 53 hombres por 100 mujeres migrantes, en la década de los cuarenta eran 75 hombres por 100 mujeres mientras en la década de los cincuenta eran 83 hombres por 100 mujeres. También plantea que más crece la migración menos se concentran los migrantes por edad; De Oliveira (1976) a su vez calcula que en el caso de la migración a la ciudad de México entre 1930 y 1969 la edad promedio de los trabajadores migrantes es de 20,7 años.

227. Para la década de los sesenta más de una tercera parte de los migrantes hacia el área metropolitana de la ciudad de México provenían de regiones de agricultura de subsistencia. Se estima que esta tendencia se fue incrementando en las siguientes décadas (Stern, 1977).

producción gracias al reparto agrario²²⁸. Proceso caracterizado como de recampesinización (Paré, 1977).

A partir de la década de los setenta y más claramente de los ochenta, el crecimiento de la población urbana frente a la población rural se reduce, se desgasta. Con el tiempo, el crecimiento poblacional de la ciudad pierde su dinamismo frente al crecimiento de los poblados rurales. La brecha que se fue abriendo con mucho empuje durante décadas tiende, ahora, a estabilizarse. Entre 1930 y 1980, la población rural pasó de representar 66,5% a 33,7% de la población nacional, perdiendo en promedio 6,5 puntos porcentuales por cada década, pero con una variación anual que decrece a partir de la década de los setenta (cuadro 34 en CD adjunto). Pasará de representar 25,4% en el año 2000 a 21,1% en 2030 según las proyecciones del Consejo Nacional de Población (CONAPO), o sea que perderá en promedio solo 1,4 puntos porcentuales por cada década, y la variación anual seguirá disminuyendo regularmente hasta llegar a 0,1% en 2030. En esta fecha, la población rural será de 26,7 millones mientras que la población urbana, de 100,5 millones. Si esta proyección es correcta, no podemos esperar una constante disminución relativa de la población rural, más bien estamos frente a una nueva tendencia, en la cual la relación entre la población urbana y la rural podría estabilizarse alrededor de una proporción de 80-20%²²⁹.

Durante este segundo período, hay un desplazamiento de las migraciones campo-ciudad hacia las migraciones

228. A lo largo de ochenta años de reparto agrario se entregaron efectivamente 101 millones de hectáreas (52% de la superficie nacional) a 4,2 millones productores (www.sra.gob.mx). Durante estas décadas el saldo entre las unidades campesinas que desaparecían y las que se creaban por el reparto agrario era ampliamente positivo.

229. Vale la pena recordar que, aun en los países desarrollados, esta relación nunca es definitiva. El caso francés es interesante al respecto ya que la actual tendencia es un lento repoblamiento de los municipios rurales que incluían 24,9% de la población total en 1975 pero 26.0% en 1990. Después del histórico éxodo rural (migración campo-ciudad) se inició un flujo urbano hacia el campo ya que la tasa migratoria en las dos terceras partes de los municipios rurales es ahora positiva (Fougerouse, 1996).

ciudad-ciudad, esencialmente entre ciudades intermedias. Entre 1995 y 2000, casi la mitad (47,5%) de los traslados se dieron de una ciudad a otra, mientras la migración campo-ciudad representó solo 18,3% de los flujos (CONAPO, 2004). Además, nuevos factores explican la migración campo-ciudad. La tasa de fecundidad rural (3,6) sigue más alta que la urbana (2,4) y, por lo tanto, el crecimiento de la población es todavía un factor explicativo de la migración²³⁰. Por su lado, la industria doméstica ha desaparecido totalmente del ámbito de la producción agropecuaria, lográndose la especialización de este sector²³¹. Sin embargo, hay que destacar dos nuevos fenómenos fundamentales: 1) el fin del reparto agrario; y 2) las nuevas condiciones del mercado de trabajo debido a las profundas transformaciones del modelo de industrialización.

Es a partir del fin del reparto agrario, legalmente a partir del 6 de enero de 1992 pero en los hechos desde el sexenio de López Portillo (1976-1982), y la aplicación de las políticas neoliberales, iniciadas durante el gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1986), que se profundiza ineludiblemente el proceso de descampesinización con la desaparición, en términos absolutos, de un importante número de unidades de producción. Sin embargo, por las actuales condiciones del trabajo precario, los migrantes tienen mayores dificultades para instalarse definitivamente en las regiones de atracción. Así, la combinación de la inestabilidad del trabajo junto con la mayor competencia entre los trabajadores mismos tiende a crear flujos migratorios temporales en vez de definitivos. Es por esta precariedad laboral que los trabajadores conservan su lugar de residencia original para migrar temporalmente (a menudo lejos y por temporadas que pueden durar varios años) en busca de trabajo. La migración definitiva no desaparece pero se combina ahora con estas “migraciones temporales múltiples”, a menudo “de larga duración”, que adquieren un carácter estructural

230. Cifras calculadas por el Dr. Carlos Welti a partir de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003, INEGI, México.

231. En algunas regiones indígenas las artesanías se transformaron en objetos “cultos” de decoración (ropa, sarapes, alfombras, jarcería, muebles, joyas, pinturas, etc.) para el turismo y el mercado internacional.

en el contexto de la generalización de la pobreza (C. de Grammont *et al.*, 2004).

Finalmente, es importante notar que la población rural no se reparte de manera idéntica a lo largo y ancho del país y que las disparidades regionales se han incrementado en las últimas décadas con una clara concentración en el Sur, tradicional región campesina e indígena²³². En 1970, 26,1% de la población rural se encontraba en el Norte, 40,9% en el Centro y 33,0% en el Sur. En 2000, la proporción era de 21,6%, 38,8% y 39,6% respectivamente (cuadro 35 en CD adjunto). Sin embargo, parece que durante las siguientes décadas la situación será más o menos estable.

4.2 La dispersión del poblamiento rural y la marginación social

Un fenómeno llamativo es el padrón de poblamiento sumamente disperso y con un pequeño número de habitantes por localidad. Lo que acostumbramos llamar el campo incluye a más de 196 mil localidades en las cuales viven cerca de 25 millones de habitantes, con un promedio de 126 habitantes por localidad (cuadro 36 en CD adjunto)²³³. El crecimiento de la población rural en términos absolutos junto con el aumento de la pobreza, que afecta a la mitad de su población, provocan un modelo tripolar de asentamiento humano: por un lado, existe una enorme dispersión de la población rural en “microlocalidades” aisladas y sin los

232. Para definir el Norte, Centro y Sur adaptamos la propuesta de regionalización de Bassols Batalla (1967), haciendo las agregaciones siguientes: en el Norte reagrupamos las regiones del Noroeste, Norte y Noreste propuestas por Bassols (Baja California, Baja California sur, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Chihuahua, Coahuila, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Nuevo León, Tamaulipas); en el Centro reagrupamos el Centro Occidente y el Centro Este (Jalisco, Aguascalientes, Guanajuato, Colima, Michoacán, Querétaro, Estado de México, Distrito Federal, Hidalgo, Morelos Tlaxcala, Puebla); en el Sur reagrupamos el Sur, Oriente y Península de Yucatán (Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Tabasco, Campeche, Yucatán, Quintana Roo).

233. En 1930, con una población total de 16 millones de habitantes, había poco más de 75 mil localidades (V Censo de población, 1930).

servicios propios de una urbe (luz, agua, educación, salud) (CONAPO, 1998); en el otro extremo, encontramos las megalópolis con un muy deficiente desarrollo urbano debido a la mala calidad de sus servicios; en el medio, encontramos las ciudades intermedias que son los nuevos centros regionales de concentración urbana, puntos de atracción de las migraciones locales, pero también con un desarrollo urbano deficiente. En cuanto al aislamiento de las localidades rurales, CONAPO (2004) indica que 14,6% de ellas con una población de 4 millones de habitantes son suburbanas se sitúan en las inmediaciones de las ciudades (más de 15 mil habitantes); 8,5% con una población de 2,4 millones de habitantes se localizan cerca de localidades intermedias (entre 2.500 y 15 mil habitantes); 44,3% con una población de 13,1 millones de habitantes están alejadas de las ciudades y localidades intermedias; 32,5% con una población de 4,9 millones de habitantes están en situación de alejamiento, es decir, lejos de las ciudades y localidades intermedias así como de las vías de comunicación transitables todo el año. En suma, más de 150 mil localidades rurales con 18 millones de habitantes están alejadas o aisladas de las vías de comunicación y de las ciudades.

Es notorio constatar que esta dispersión en microlocalidades tiene mayor importancia en el Norte que en el Centro e incluso en el Sur²³⁴. Es un fenómeno que encontramos en las sierras de Chiapas, de Chihuahua, de Guerrero, de Oaxaca, de Veracruz y Puebla, así como en las selvas, en particular en la Lacandona. Dos factores explican esta dispersión: la pobreza y la relación hombre-tierra que depende tanto del medio natural como de las tecnologías utilizadas por los productores. Por un lado, la pobreza empuja a la población rural a buscar nuevos lugares para vivir en el campo, por otro, las tecnologías agrícolas extensivas limitan la posibilidad de concentración de la población. Por ello, existe, desde hace varias décadas, una colonización "hormiga" de regiones poco pobladas, en particular en las selvas tropicales. El desierto obliga a la población a diseminarse para encontrar sus medios de vida, la tumba-roza y quema así como la ganade-

234. En el Norte, el tamaño de las localidades rurales es de 73 habitantes, en el Centro, es de 181 habitantes y en el Sur de 140 habitantes.

ría extensiva supone una densidad poblacional muy baja²³⁵. Conforme las localidades se encuentran más aisladas, mayor es la marginación, menores son las oportunidades de empleo y el número de dependientes por personas en edad de trabajar se incrementa (CONAPO, 2004)²³⁶.

Este modelo de poblamiento contrasta con el que encontramos en los países desarrollados en donde los pueblos rurales a menudo funcionan como localidades periféricas de las ciudades, con servicios públicos y niveles de bienestar similares a los urbanos (Linck, 2001).

4.3. El trabajo en las localidades rurales

La población rural es cada vez menos una población agropecuaria. Según el censo de población en 1970, se podía todavía considerar que la población rural se asimilaba esencialmente a la agricultura ya que 76,9% de su población económicamente activa trabajaba en el sector primario y solo 9,1% en el secundario y 8,9% en el terciario (cuadro 37 en CD adjunto). Podemos decir, como parecería obvio, que en el campo vivían campesinos. Hoy, la situación cambió totalmente: cerca de la mitad de la población económicamente activa en el campo trabaja en el sector secundario y terciario²³⁷. Como lo veremos en el siguiente inciso, la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares permite plantear una situación mucho más drástica. Indica que, a partir del fin del siglo pasado, hubo un muy fuerte proceso de

235. La densidad poblacional en el sistema de tumba-roza y quema es de 24 a 68 habitantes por kilómetro cuadrado.

236. Conapo (2004) estima que en las localidades pequeñas existen 83 dependientes por 100 personas en edad de trabajar mientras que en las localidades urbanas esta relación es de 56 dependientes por cada 100 personas activas.

237. En este mismo sentido, el Registro Agrario Nacional nos aporta otro dato sobre esta población que vive en el campo pero no trabaja en el sector agropecuario: 30% de los hogares de los ejidos y comunidades no tienen tierra. De estos hogares de vecindados 27% no tienen ningún parentesco con los ejidatarios o comuneros (los propietarios de la tierra). Se trata de una población más joven que la población campesina ya que sus jefes de familia tienen un promedio de 42 años mientras los ejidatarios y comuneros tienen un promedio de 54 años (Procuraduría Agraria, 2003).

desagrarización que modificó totalmente la composición social del campo²³⁸.

Otra vez, las desigualdades regionales son considerables: actualmente, en el Sur, 57,3% de la población económicamente activa en el campo trabaja en el sector primario mientras en el norte, esta proporción baja a 43,0% y en el Centro, es solo de 36,8% (cuadro 38 en CD adjunto). Hay que destacar que aún en el Sur la proporción de la población que no trabaja en el campo es muy elevada, pero llama todavía más la atención la poca importancia del sector agropecuario en las localidades rurales del Centro del país.

Sin embargo, un análisis agregado a nivel del espacio rural es insuficiente para entender la dinámica de los ingresos rurales porque no permite saber si los ingresos no agrícolas (o en qué proporción) pertenecen a un hogar campesino, o si son parte de un hogar no campesino. Como lo veremos en el siguiente inciso, en ambos casos las dinámicas de los ingresos son distintas, su relación con la pobreza también.

4.4. Del mundo agrario al mundo rural

- De la Unidad Económica Campesina Pluriactiva (UECP) a la Unidad Familiar Rural (UFR)

A lo largo del siglo XX, se consideró que, en el campo mexicano, vivían campesinos, pequeños agricultores familiares, latifundistas y jornaleros agrícolas. Los campesinos empobrecidos o “sin tierra” que no podían vivir más en el campo migraban a la ciudad donde lograban encontrar trabajo, alimentando los barrios marginales de las periferias de las metrópolis. Las personas que vivían en el campo y que no eran productores agropecuarios trabajaban localmente o en las pequeñas urbes cercanas en el sector manufacturero y de servicios. No se tenía datos suficientes para cuantificar esta situación de manera precisa pero podemos suponer que esta visión era cercana a la realidad ya que el primer dato disponible a nivel de hogar nos indica que, en 1963, 72% de

las familias rurales eran familias campesinas (Banco de México, 1966) y, en 1970, 77% de la población económicamente activa en el campo trabajaba en el sector primario mientras solo 18% lo hacían en el sector secundario o terciario (Censo de población, 1970).

Sin embargo, en las dos últimas décadas del siglo pasado, se transitó de una sociedad agraria en la cual predominaba el sector agropecuario a una sociedad rural donde este sector no solo coexiste con otras actividades económicas sino que es la actividad menos importante tanto en términos de la población económicamente activa involucrada, de la participación de los hogares y del ingreso obtenido. Hubo un acelerado proceso de “desagrarización” del campo no por la desaparición de la actividad agropecuaria, como se argumenta a menudo, sino por el impresionante crecimiento de los ingresos no agrícolas en los hogares rurales al punto de que representan hoy 93% de sus ingresos monetarios totales.

Para entender cabalmente esta transformación, debemos distinguir dos procesos complementarios. Por un lado, tenemos la transformación de las familias campesinas que intentan contrarrestar los efectos de los bajos precios de sus productos agropecuarios con estrategias de diversificación de las actividades de sus miembros, esencialmente asalariadas. Si bien las actividades anexas al trabajo agropecuario siempre existieron en la economía campesina, en particular con el trabajo asalariado fuera de la unidad productiva, se reconocía que era la agricultura la que ordenaba y daba sentido a la vida del hogar campesino, de la comunidad y del campo mismo. Hoy, esta centralidad de la actividad agropecuaria en las unidades campesinas ha sido sustituida por el trabajo asalariado: sin perder del todo su función de productor agropecuario, la familia campesina vive esencialmente del salario de sus miembros y, por lo tanto, las estrategias de sobrevivencia se toman a partir de las condiciones del mercado de trabajo más que de las condiciones del mercado de productos agropecuarios. Esta compleja combinación entre actividad agropecuaria y asalariada, ocasionalmente con pequeños negocios y oficios propios, se conoce como pluriactividad campesina. Por otro lado, tenemos a las familias no campesinas que, debido al impresionante crecimiento

²³⁸. Por desagrarización entendemos “la disminución progresiva de la contribución de las actividades agrícolas a la generación de ingreso en el medio rural” (Escalante *et al.*, 2008: 89).

demográfico y el fin del reparto agrario, representan ahora la mayoría de los hogares en el campo. Estas familias rurales no campesinas viven esencialmente del trabajo asalariado que pueden encontrar localmente o vía las migraciones de retorno a nivel regional, nacional o hacia Estados Unidos, pero también pueden vivir de negocios y oficios propios. Son, por definición, pluriactivas ya que sus miembros se desempeñan en diferentes actividades.

Ambos tipos de hogares tienen distintas problemáticas, a menudo intereses encontrados, por lo cual debemos diferenciar claramente cada situación. Esta situación ha provocado profundos cambios en las relaciones comunitarias. La gran limitación de los estudios que se han realizado a la fecha sobre la pluriactividad es que han estudiado los ingresos no agropecuarios a nivel de las localidades rurales sin desagregar sus análisis a nivel de los hogares. Debido a ese nivel de generalidad, parece que la pluriactividad es exclusiva de la producción campesina y se ignora la presencia del hogar no campesino. Proponemos hablar de Unidad Económica Campesina Pluriactiva (UECP) cuando se trata de unidades campesinas mercantiles (parcial o totalmente) y de Unidad Familiar Rural (UFR) cuando se trata de hogares sin actividad agropecuaria propia o cuando estas sean exclusivamente de autoconsumo. Proponemos abandonar el concepto de campesino de subsistencia por dos razones. En primer lugar, porque hoy en día la importancia del autoconsumo frente a los demás ingresos no agropecuarios de la familia se reduce cada vez más y su permanencia depende del tiempo de trabajo familiar sobrante. En segundo lugar, porque, bajo los actuales procesos de globalización (predominio del mercado y fin del reparto agrario), la perspectiva de estos campesinos de subsistencia es su transformación en Unidades Familiares Rurales. Veremos estos dos procesos en el inciso siguiente.

La división entre ambas formas de organización familiar es endeble pero existen parámetros para diferenciarlas. Proponemos los siguientes criterios. La UECP se define como una unidad de producción que: 1) se organiza en torno al trabajo familiar propio para producir mercancías agropecuarias; 2) se vende, aunque sea parte, la producción en el mercado; 3) existe una lógica patriarcal y patrimonialista de la organiza-

ción del trabajo que se centra en la producción agropecuaria, aunque deja espacio para actividades complementarias como son las artesanías, el trabajo asalariado a domicilio o el trabajo asalariado fuera del predio; 4) tiene una racionalidad propia, aunque se vincula al sistema capitalista dominante a través del mercado de producto y del mercado de trabajo. Por su lado, la UFR se define por: 1) organizarse esencialmente en torno al trabajo asalariado; 2) puede existir una lógica patriarcal y patrimonialista de la organización del trabajo asalariado en diferentes actividades, pero el poder del jefe de familia se ve mermado por la ausencia de la tierra y cada miembro de la familia tiene mayor autonomía para decidir sobre sus propias actividades; 3) el trabajo en la producción agropecuaria de autoconsumo subsiste como posibilidad pero se reduce normalmente a actividades de traspato.

- La evolución de las UECP y de las UFR

Si bien distinguimos dos categorías de hogares en el campo, los hogares campesinos y los hogares no campesinos, cada uno, a su vez, se puede subdividir en función del origen de sus ingresos. En un primer momento, subdividimos los hogares campesinos y los no campesinos en dos tipos. Los hogares campesinos tienen actividades agropecuarias mercantiles (además del autoconsumo) y además tienen actividades fuera del predio familiar, son unidades económicas campesinas pluriactivas (UECP). Sin embargo, una pequeña proporción no tiene actividades fuera del predio, son exclusivamente agropecuarias y, por lo tanto, son unidades económicas campesinas (UEC). Por su lado, los hogares no campesinos no tienen actividades agropecuarias mercantiles y los caracterizamos como unidades familiares rurales (UFR)²³⁹. Algunos producen para su consumo (UFR con autoconsumo), pero la mayoría no tienen ninguna actividad de autoconsumo (UFR sin autoconsumo)²⁴⁰.

239. Es importante notar que el autoconsumo incluye tanto la producción propia en el traspato o la parcela como la recolecta para el consumo familiar.

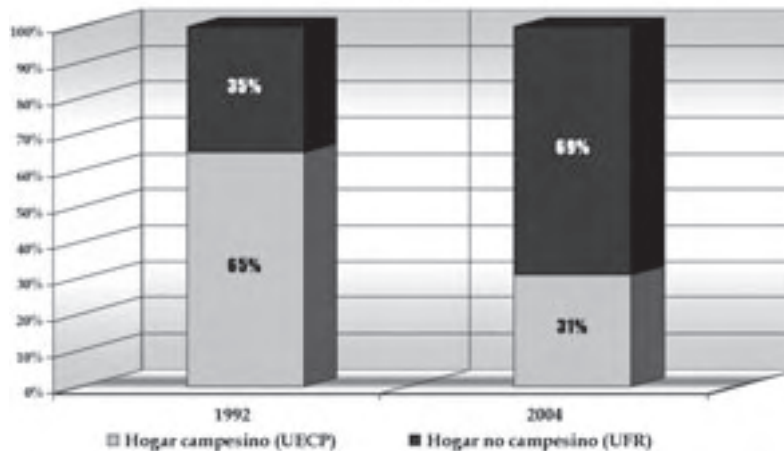
240. Entre 1992 y 2004, las UFR con autoconsumo pasan de 425,574 a 621,613. En 1992, representan 28% del total de las UFR y 10% de los hogares rurales. El monto de sus ingresos por concepto de autoconsumo representa 12%, el salario (monetario y en especie) 45%, las actividades empresariales 23% y las remesas

En 1992, 65% de los hogares rurales eran campesinos, el resto (35%) no lo eran (gráfica 11 y cuadro 39 en CD adjunto)²⁴¹. De los hogares campesinos (89%) tenían otras actividades (UECP), en particular asalariadas, mientras solo 11% no tenían actividades fuera del predio familiar (UEC). De los hogares no campesinos (UFR), 28% tenían autoconsumo (UFR con autoconsumo) mientras 72% no tenían autoconsumo (UFR sin autoconsumo).

Poco más de una década después, en 2004, constatamos que la situación cambió drásticamente ya que solo 31% de los hogares son campesinos, el resto (69%) no lo son (gráfico 12 y cuadro 40 en CD adjunto). Esto se debe a

un doble proceso: la fuerte disminución de los hogares campesinos (en 1.002.798) por la crisis de la agricultura y la consecuente concentración de la producción, junto con el impresionante incremento en más de 1,5 millón del número de hogares no campesinos por el crecimiento demográfico y el desgaste de las migraciones definitivas. También, vemos que ahora todos los hogares campesinos tienen actividades fuera del predio (solo 1,7% no tienen), todos son pluriactivos (UECP). Por el lado de los hogares no campesinos, el autoconsumo pierde importancia ya que se encuentra solamente en 15% de los casos.

Gráfico 12
Hogares campesinos (UECP) y hogares no campesinos (UFR) en localidades de menos de 2.500 habitantes, 1992-2004



8% del monto total de sus ingresos. En 2004, representan solo 15% del total de las UFR y 10% de los hogares rurales. El monto de sus ingresos por concepto de autoconsumo representa 8%, el salario (monetario y en especie) 39%, las actividades empresariales 56% y las remesas 27% del monto total de sus ingresos. Es notorio que, si bien este tipo de hogar se incrementó en números absolutos, bajó a casi la mitad en términos relativos. Asimismo, la importancia del autoconsumo en el ingreso total familiar bajó notablemente.

241. En 1992, estos hogares campesinos representaban 73% del total de las unidades de producción agropecuarias del país (el 27% restante se ubicaban en localidades de más de 2.500 habitantes), en 2004, la proporción era similar (74%).

- La evolución de sus ingresos

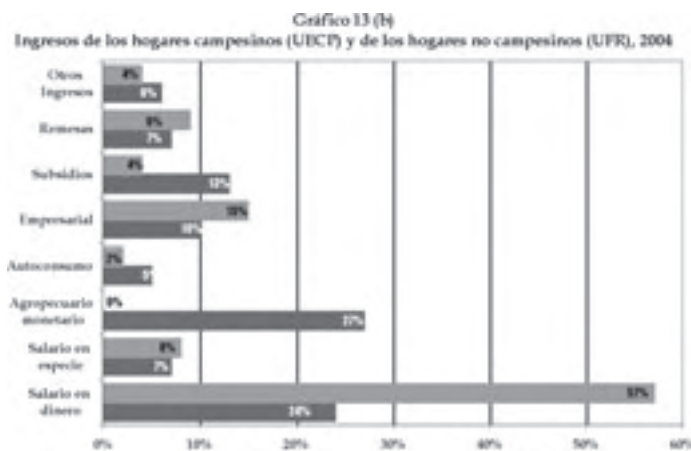
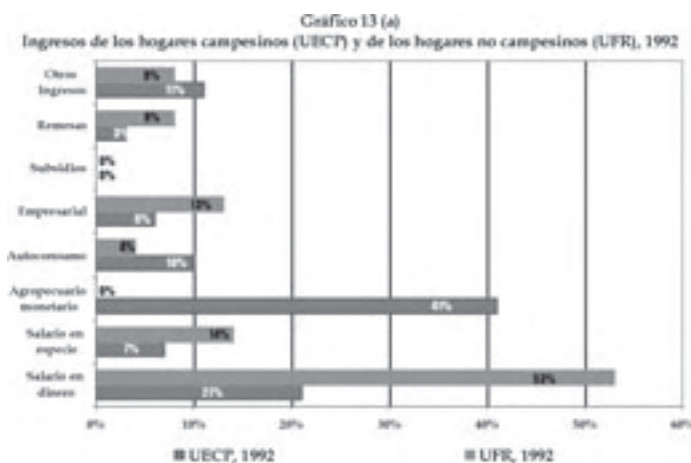
Analicemos primero los ingresos de los hogares campesinos, luego los ingresos de los hogares no campesinos.

Hoy en día, 42% de las Unidades Económicas Campesinas Pluriactivas (758.722 unidades) venden toda su producción en el mercado (no practican el autoconsumo), cuando hace 12 años solo 15% se encontraba en esta situación (gráficos 13 a-b y cuadros 41-42 en CD adjunto). Probablemente son granjas especializadas en algún producto específico (hortalizas, frutas, café, tabaco, leche, carne) e integradas en ca-

denas productivas. Podemos suponer que son los hogares campesinos más exitosos y desahogados. También, vemos que solo la mitad de las UECP tienen trabajo asalariado monetario (53% en 1992) pero 67% reciben salarios en especie (50% en 1992). Entre ambas formas de pago, 82% de los hogares reciben salarios (74% en 1992); mientras 28% desempeñan alguna actividad empresarial (21% en 1992), 26% de los hogares reciben remesas (19% en 1992), y 73% reciben subsidios gubernamentales (2% en 1992). Muy pocos jefes de hogar campesino migran (1% de los jefes de hogar), y ninguna mujer jefa de hogar migra. En su caso, son los hijos los que migran. Si bien las actividades empresariales y el impacto de las remesas en los hogares crecieron en 12 años, llama la atención el aumento de los

subsidios que eran prácticamente ausentes en 1992 pero actualmente tienen presencia en las tres cuartas partes de los hogares rurales.

En cuanto al monto de sus ingresos, encontramos que hoy 27% provienen de las ventas de sus productos agropecuarios, 5% del autoconsumo, 24% del salario monetario, 7% del salario en especie, 10% de diferentes actividades empresariales (comercio, artesanía, oficios varios, etc.), 13% de los subsidios gubernamentales, 7% de las remesas (gráficos 13 a-b y cuadros 41-42 en CD adjunto). Muy pocos jefes de hogar campesino migran (1% de los jefes de hogar), mientras ninguna mujer jefa de hogar migra. En su caso, son los hijos los que lo hacen.



Varios datos llaman especialmente la atención: la actividad agropecuaria, monetaria y de autoconsumo, representa solo una tercera parte del ingreso total; el salario, monetario y en especie, es casi tan importante como la actividad agropecuaria; los subsidios gubernamentales han adquirido una notable importancia (esencialmente Procampo por el lado de la finca y Oportunidades por el lado del hogar)²⁴².

En comparación con 1992, constatamos que el ingreso monetario agropecuario y el autoconsumo pierden importancia (41% y 10% en 1992); el salario monetario sube un poco (21% en 1992) mientras el salario en especie se mantiene fijo (7% en 1992), las actividades empresariales crecen casi al doble (6% en 1992), los subsidios gubernamentales adquieren una gran importancia (0,2% en 1992) y las remesas también se duplican (3% en 1992). Como lo hemos visto en el inciso 1.3, la disminución de los ingresos agropecuarios monetarios en el monto total del ingreso del hogar campesino a pesar del incremento en el rendimiento es el resultado de la disminución de los precios de mercado e incremento de los costos de producción. En estas condiciones, las otras actividades, incluso el trabajo asalariado, permiten obtener un mejor ingreso. Un estudio de la SAGARPA (Secretaría de Agricultura) muestra que un pequeño productor típico de maíz con 2 ha de producción, rendimiento promedio de 2 toneladas y suponiendo que vende toda su producción en el mercado, obtiene un ingreso anual de 138 dólares EE.UU. por miembro de la familia (5 miembros). Esto refleja la situación de más de la mitad de los maiceros mexicanos (Rosenzweig, 2005). En estas condiciones, el costo de oportunidad de las demás actividades es un factor clave para entender la dinámica de los ingresos de los hogares campesinos.

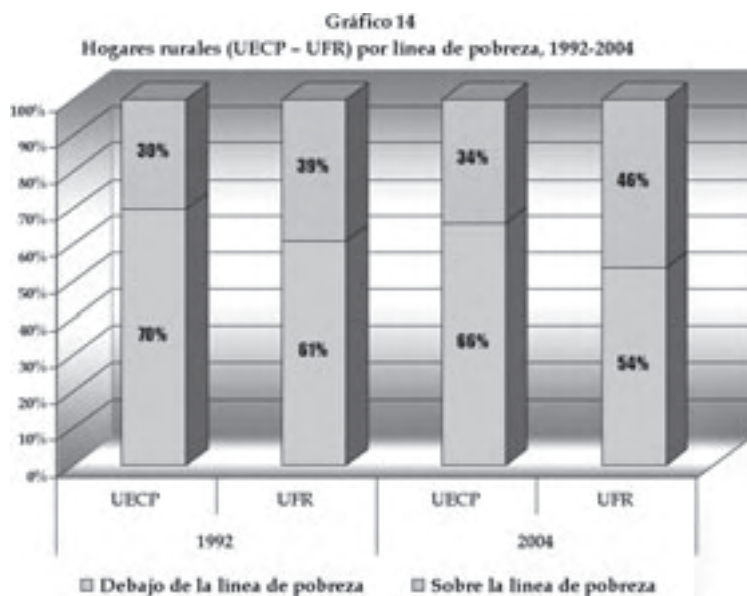
242. Existen otros dos programas de la SEDESOL dirigidos a los hogares pobres, pero con un alcance menor: el programa de Empleo temporal (en 2003 se generaron 115.839 empleos con un salario de 43 pesos diarios y un ingreso total de 3.708 pesos por persona) y el programa de Atención a adultos mayores en zonas rurales (en 2003 se apoyó a 200 mil adultos con una aportación total de 2.500 pesos por adulto).

En el caso de las Unidades Familiares Rurales, la actividad salarial es más importante: 76% de los hogares cuentan con salario monetario pero si se le agrega el salario en especie, la casi totalidad de los hogares reciben un salario (95%) (cuadro 42 en CD adjunto). El autoconsumo existe solamente en 15% de los hogares, cerca de una tercera parte (31%) tienen actividades empresariales, 28% reciben remesas y 40% subsidios gubernamentales. En este caso, los jefes de hogar participan de la migración (3% de los jefes de hogar) incluyendo a las mujeres. Por el lado de la ocupación, 41% de los hombres son obreros, 35% jornaleros pero solo 19% trabajan por cuenta propia, mientras que 39% de las mujeres son empleadas, 35% trabajan por cuenta propia y 15% son jornaleras.

Por el lado de sus ingresos, 57% provienen del salario monetario y 8% del salario en especie, 15% de actividades empresariales, 9% de las remesas, 4% del subsidio otorgado esencialmente por el programa de Oportunidades, el autoconsumo es irrelevante (1%). En comparación con 1992, constatamos una mayor monetarización de los salarios (52% de salario monetario y 13% en especie en 1992, un ligero incremento de las actividades empresariales (13% en 1992) y de las remesas (8% en 1992), un notable incremento de los subsidios (0.2% en 1992), una clara disminución del autoconsumo (4% en 1992).

4.5. Los ingresos y la pobreza de las UECP y de las UFR (línea de pobreza y de indigencia)

En términos generales, había una mayor proporción de hogares rurales pobres en 1992 que en 2004. La pobreza rural ha disminuido en 9% de los hogares (de 67% a 58%) en este lapso, sin embargo, es preciso insistir en que, en términos absolutos, hay más hogares pobres ahora que al principio de los noventa por el impresionante crecimiento de los hogares no campesinos. En ambas fechas, la proporción de hogares campesinos pobres es mayor (70% y 66%) que la proporción de hogares pobres no campesinos (61% y 54%) (gráfico 14 y cuadro 43 en CD adjunto), pero es notorio que la brecha de pobreza se abre con el tiempo.



De nuevo constatamos que si la pobreza no disminuye de manera notable entre los productores agropecuarios a pesar de su muy importante disminución en términos absolutos, esto quiere decir que los productores que desaparecieron no fueron los más pobres (los de autoconsumo) sino que desaparecieron también productores mercantiles que no pudieron resistir las nuevas reglas del mercado (véase inc. 2.2).

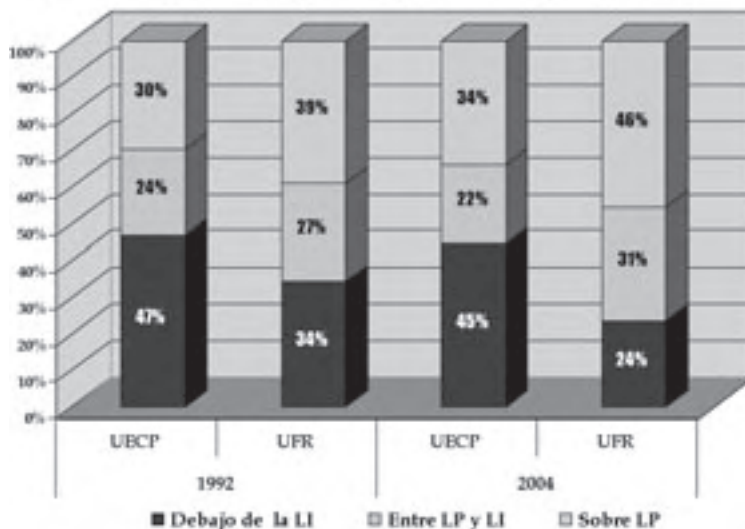
Por otro lado, si desagregamos los hogares de acuerdo a las fuentes principales de sus ingresos, en especial a partir de los ingresos salariales y empresariales (actividad propia), vemos que, tanto para los hogares campesinos como para los hogares no campesinos, hay mayor pobreza cuando el ingreso principal proviene del salario que cuando proviene de actividades económicas propias del hogar. Esta tendencia es todavía más clara ahora que en 1992, debido a la deterioración de los salarios. Efectivamente, para el caso concreto del trabajo asalariado en el cultivo de tomate rojo de exportación en campo abierto (cultivo y cosecha) en el estado de Sinaloa, en el período de gran desarrollo tecnológico que va de 1985 a 1995, hemos calculado que mientras la productividad del trabajo crecía en 65%, el valor real del salario disminuía en 51%.

De esta manera, el valor del salario pasaba de representar 27% a 16% del costo de producción (C. de Grammont, 2007). Según las Cuentas Nacionales, el salario agrícola nacional disminuyó en 45% durante este mismo lapso.

La diferenciación entre los hogares campesinos y los hogares no campesinos es aún más marcada si consideramos la línea de indigencia. En 1992, los hogares campesinos indigentes representaban 47% de todos los hogares campesinos, en 2004 bajaron solo en 2 puntos porcentuales (45%). Por su lado, en 1992, los hogares no campesinos indigentes representaban 34% de todos los hogares no campesinos mientras bajaron en 10 puntos porcentuales (24%) para 2004 (gráfico 15 y cuadro 44 en CD adjunto). Estos datos indican de nuevo que no solo las familias campesinas tienden a ser más pobres que las familias no campesinas sino que, mientras el nivel de pobreza es casi estable para los campesinos, disminuyó notablemente en los hogares no campesinos a partir de la década de los noventa.

En 1992 y en 2004, la tasa ocupacional de los hogares campesinos, tanto los que están debajo como los que están encima de

Gráfico 15
Hogares rurales (UECP - UFR) por línea de pobreza e indigencia, 1992-2004



la línea de pobreza, es más alta que la tasa de unidades familiares rurales (cuadro 45 en CD adjunto). Sin embargo, acabamos de ver que tiende a haber mayor pobreza entre los primeros que entre los segundos. Esto indica otra vez que, en las condiciones actuales, la actividad agropecuaria ocupa una importante cantidad de mano de obra pero en las peores condiciones de remuneraciones: en el año 2000, 60% de la población ocupada agropecuaria ganaba menos de dos salarios mínimos, 88% menos de tres salarios cuando se estima que para estar por encima del nivel de pobreza, una familia necesitaba ganar más de tres salarios mínimos (cuadro 46 en CD adjunto). Entre 1992 y 2004, mejoró sensiblemente el nivel de ocupación de los hogares rurales, tanto campesinos como no campesinos, pero es notorio que solo los hogares que logran una intensidad ocupacional alta consiguen mejorar su bienestar. Al igual que en el inciso anterior sobre los hogares agropecuarios (véase inc. 2.5), vemos que el incremento del trabajo no logra compensar la caída ni de los precios agrícolas ni de los salarios.

El análisis por decil de esta población refuerza esta conclusión. El autoconsumo y la agricultura de subsistencia prevalecen hasta el cuarto decil, o sea que propician la pobreza. También

vemos que los hogares de los campesinos de subsistencia son más pobres que los hogares no campesinos que viven del salario o de actividades propias. Por su lado, en los deciles más altos predominan los hogares de productores agropecuarios que se dedican exclusivamente a la producción para el mercado (sin autoconsumo ni pluriactividad), mientras en los deciles intermedios se concentran los hogares de productores pluriactivos con ingresos por salarios, actividades propias (pequeño comercio, talleres, artesanías, oficios) y remesas.

Se suele plantear que la pluriactividad es una estrategia de diversificación de las actividades del hogar para mejorar sus ingresos y, con ello, se supone que a mayor diversificación, mayor probabilidad de salir de la pobreza (Berdegúe *et al.*, 2001). En ese sentido, se espera que un hogar campesino que produce para su alimentación, vende algo de su producción en el mercado y además consigue empleo asalariado temporal o tiene un pequeño negocio, estuviera en mejor posición que un hogar no campesino que depende esencialmente de su salario. Para el caso de México, los datos que tenemos nos llevan a precisar esta afirmación ya que: 1) en términos generales, los hogares campesinos son

más pobres que los hogares no campesinos y muestran una menor capacidad para incrementar sus ingresos; 2) para ambos tipos de hogares, las actividades propias son más rentables que el trabajo asalariado; 3) los hogares campesinos pluriactivos con mayor nivel de autoconsumo son los más pobres; 4) los hogares campesinos pluriactivos con mayor venta en el mercado suelen ubicarse en niveles intermedios de ingresos; 5) los productores agropecuarios que logran especializarse y vivir solo de la agricultura, probablemente gracias a su inserción en cadenas productivas, se ubican en los mejores niveles de bienestar.

5. Algunas reflexiones finales

a) El boom agrícola

Durante las últimas dos décadas, el incremento de la productividad es notoria, lo que ha permitido obtener fuertes aumentos en los volúmenes de producción sin incrementar la superficie cultivada. Este incremento se ha logrado a pesar del retiro del Estado de la investigación y divulgación porque ha sido sustituido con eficiencia por el sector privado, en particular a través de las cadenas productivas y la agricultura a contrato. Este nuevo modelo está orientado hacia la obtención del mayor incremento de la ganancia, por lo cual ya no se apoya a los sectores productivos menos dotados en recursos y con mayores costos de transacción. Las nuevas tecnologías propuestas por el sector privado son selectivas. Este proceso se mide con mucha claridad con el ensanchamiento de la brecha productiva que existe entre las empresas más y menos eficientes. Más que nunca, tenemos hoy un campo polarizado y desarticulado con una mayoría de productores ineficientes, pobres y escasamente vinculados al mercado y una minoría de empresas eficientes, integradas a las cadenas productivas.

Para mantener su rentabilidad las empresas tuvieron que incrementar su competitividad. Aún así, la tasa de crecimiento del PIB agropecuario pasó de una etapa de fuerte crecimiento sostenido hasta 1982, a una de estancamiento prolongado hasta 1993, para continuar con un período de inestabilidad en donde se suceden años de recesión con años de bonanza, pero donde la tendencia general es negativa.

Esta situación inusual se debe a la conjunción de diferentes factores, unos macroeconómicos como la devaluación de 1994 o la sobrevaluación del peso, otros propios del sector como lo es su reorientación hacia la producción de cultivos sumamente especulativos (hortalizas, frutas y flores) para el mercado externo. Es un modelo de gran fragilidad en el cual participan una pequeña parte de los productores y que tiene por lo menos cuatro consecuencias negativas de suma gravedad: 1) la disminución de más de la mitad del PIB por habitante en las últimas tres décadas; 2) la concentración del plusvalor en manos de las compañías comercializadoras internacionales mientras los márgenes de ganancia de los productores se reducen (bajan los precios, suben los costos) y los precios al consumidor suben; 3) el incremento de los precios agrícolas que constituyen un elemento importante de la inflación²⁴³; 4) es un modelo depredador con graves consecuencias para la salud humana y la sustentabilidad del medio ambiente.

b) La concentración de la producción y la polarización del sector agropecuario

El sector eficiente de la agricultura es el que se ubica en cadenas productivas en donde prevalece la agricultura a contrato controlada por las agrocomercializadoras y agroindustrias. Una de sus principales características es que incorporaron los tradicionales intermediarios locales comerciales a estas mismas cadenas para lograr el acopio de los productos, otra es el fortalecimiento de los supermercados en estas cadenas productivas. Se logró así una mayor racionalización de la comercialización, pero las regiones en donde subsisten los viejos procesos de comercialización quedaron rezagadas. En el caso de la agricultura de exportación, algunos miles de empresas concentran la producción. Las más grandes

243. El 60% de la cosecha del maíz del ciclo otoño-invierno (el ciclo más importante) está acaparado por tres empresas comercializadoras: Cargill, Maseca y Mimsa. Las ganancias de la Cargill crecieron en 86% durante el primer trimestre 2008, mientras las de ADM crecieron en 67%, las de Monsanto en 44 %, las de Bunge en 49% y las de Syngenta en 28% durante el año 2007. A su vez, se estima que los precios de los alimentos contribuyeron entre una cuarta parte y la mitad del aumento general de la inflación durante el último año.

tienen sus propias comercializadoras y controlan de hecho el sector, mientras la mayoría son pequeños productores que venden su producción ya sea a los grandes, ya sea a los *brokers* norteamericanos (C. de Grammont, 2007). A la hora de la deslocalización a nivel mundial, en la agricultura se fortalecen los enclaves productivos, ubicados en las regiones con mayor renta diferencial, que se articulan a través de las cadenas productivas (o sistemas producto) dominadas por las agroindustria y agrocomercializadoras transnacionales. Inevitablemente, esta concentración productiva provocó la desaparición de un gran número de productores y una mayor polarización del sector. En poco más de diez años (1992-2004), desaparecieron más de una tercera parte de los hogares agropecuarios de todos los estratos de ingresos. Llama la atención que los más afectados se ubican en el estrato más alto mientras aquellos que resisten mejor son productores medios.

Se suele afirmar que dos factores claves que provocan la pobreza son la edad y el nivel educacional, pero los datos que encontramos nos obligan a matizar esta afirmación. Por un lado, vimos que los productores ricos son más viejos que los productores pobres. Por otro lado, si bien la educación constituye un factor positivo para obtener mayores ingresos, parece necesario reflexionar sobre la incidencia de la distribución desigual de los medios de producción: mientras la mayoría de los productores sean minifundistas el nivel educacional es un factor positivo pero insuficiente para acabar con la pobreza. Es indispensable realizar todos los esfuerzos necesarios para mejorar el nivel educativo de la población, sin embargo, por sí sola la educación no es suficiente y no puede sustituir la acción gubernamental en materia de política económica para acabar con la pobreza de los campesinos. Tan es así que el incremento de la tasa de ocupación en los hogares agropecuarios pobres no se refleja claramente en su capacidad para franquear la línea de pobreza. Es probable que con un mejor nivel educativo se amplíe la capacidad para ubicarse en el mercado de trabajo, pero que el mayor esfuerzo familiar no es suficiente para contrarrestar la caída de los precios agrícolas así como de los salarios. De ser así, estamos frente a un aumento de la tasa de explotación, sea vía mercado de trabajo o de producto.

c) Del mundo agrario al mundo rural

En términos absolutos, la población rural sigue creciendo, a pesar de la enorme sangría que representa la migración definitiva. Es por los cambios en el mercado de trabajo que la migración definitiva campo-ciudad, que fue el padrón migratorio dominante durante el período de crecimiento hacia adentro hasta 1982, ya no tiene la capacidad de dar salida a la población rural pobre y se ve complementada con un nuevo esquema migratorio que se basa en las migraciones temporales y de larga duración. Con ello, se modifica fundamentalmente la relación campo-ciudad porque muchos pobladores rurales, aún sin poseer tierra, se ven obligados a mantener su residencia en sus comunidades en donde el costo de vida es mucho más bajo que en la ciudad y buscan trabajo asalariado vía estas migraciones temporales. Este fenómeno de retención de la población en pequeñas localidades aisladas y marginadas se debe, entonces, al efecto combinado de la pobreza con las actuales condiciones del mercado de trabajo precario, por lo cual podemos esperar que este proceso se amplíe mientras no cambien las condiciones económicas que lo propician. Debemos, entonces, esperar la profundización de las añosas disparidades regionales. La población rural se seguirá concentrando en las tradicionales regiones campesinas e indígenas, su dispersión y marginación se intensificará al menos de que se establezcan políticas públicas capaces de revertir las condiciones del mercado de trabajo con la creación de empleos en las regiones pobres. No es de extrañarse que los programas de lucha en contra de la pobreza, en particular el programa Micro-regiones de la Secretaría de Desarrollo Social que intenta mejorar las condiciones de infraestructura (comunicaciones, electricidad, agua, etc.) pero no fomenta la creación del empleo, no alcancen su objetivo de promover el desarrollo de los municipios marginados.

Esta situación nos permite plantear que en México, pero seguramente en los países subdesarrollados en general, no habrá procesos de "desertificación poblacional" como los que conocieron los países desarrollados a partir de la década de 1960, con su consecuente abandono de regiones agropecuarias y sus posibles efectos benéficos sobre la re-

cuperación de los ecosistemas²⁴⁴. Estamos frente a un proceso de creciente presión del hombre sobre la naturaleza porque numerosas familias pobres se ven empujadas a colonizar cada rincón del país. Mientras no haya empleos suficientes, este doble proceso, aparentemente contradictorio pero en realidad complementario, de colonización hormiga junto con las migraciones será imparable y sus implicaciones sobre la marginación social, los procesos migratorios y la ecología son enormes.

Así, la separación entre el lugar de residencia y el lugar de trabajo para los pobladores rurales es una característica de la globalización y precarización de los mercados de trabajo. La vieja migración definitiva ya no es un recurso adecuado para los pobladores del campo porque las ciudades no ofrecen más la posibilidad de insertarse en el mercado de trabajo, ni siquiera en el trabajo informal. Por eso las migraciones temporales múltiples y de larga duración parecen sustituir a la migración definitiva (C. de Grammont *et al.*, 2004). Los pobladores rurales mantienen su residencia en su pueblo de origen por ser el lugar más seguro y barato donde puede vivir la familia, porque permite mantener ciertos vínculos de solidaridad con la comunidad y ejercer actividades de traspatio o de recolecta. Es, por demás, el lugar en donde pueden recibir los apoyos de los programas gubernamentales, en particular el programa Oportunidades de lucha en contra de la pobreza.

Es por la falta de salida hacia la ciudad que, en muchos casos, el incremento de las actividades asalariadas de la familia campesina no provocó la desaparición de la unidad de producción a causa de la migración definitiva como hace algunas décadas, sino el desplazamiento de la actividad agropecuaria y la transformación de su lógica organizativa: sin dejar su vínculo con la tierra, la familia campesina valoriza de igual forma las demás actividades. Con ello, la unidad campesina pasó de ser una organización sistémica dominada por la producción agropecuaria complementada con actividades anexas, a una organización sistémica pluriactiva en donde

es la actividad más lucrativa la que marca la dinámica del trabajo familiar. Estamos frente a un cambio fundamental de la economía campesina que se explica por la incapacidad de la ciudad de absorber la mano de obra sobrante del campo y por la consecuente necesidad del hogar campesino de reproducirse en el contexto de un capitalismo a la vez subdesarrollado y posmoderno, con un mercado de trabajo informal y precario, incapaz de crear los empleos necesarios para cubrir las necesidades de la población creciente. En este contexto, los productores que producen solo para el autoconsumo, no están forzosamente en un proceso de transición hacia su proletarianización (o proletarianización no asalariada como se argumentaba a finales de los setenta), sino que se reproducen como unidad pluriactiva en donde el trabajo asalariado, vía la migración temporal que llega a menudo a ser de larga duración, es fundamental. Esta situación recuerda la de los "obreros-campesinos" ("*ouvriers-paysans*") u "obreros-rurales" ("*ouvriers-ruraux*") analizada en Francia en la década de los sesenta (Rochard, 1966).

Por eso, la disminución de los hogares campesinos no significa forzosamente la desaparición del hogar sino su transformación en hogares no campesinos porque, si bien abandonan la producción agropecuaria, pueden mantener su lugar de residencia en su pueblo desde donde migran temporalmente para trabajar. Es por estas mismas razones que, en vez de migrar definitivamente a la ciudad, una parte importante de los hogares rurales que perdieron su tierra o nunca tuvieron acceso a ella, se quedaron a vivir en localidades rurales y desde ahí tratan de ubicarse en el mercado de trabajo.

d) De la Unidad Económica Campesina Pluriactiva a la Unidad Familiar Rural

Sin duda, existen fuertes semejanzas entre la Unidad Económica Campesina Plurifuncional y la Unidad Familiar Rural. En ambos casos, existen actividades diversificadas que combinan la producción agropecuaria de autoconsumo con el trabajo artesanal, fabril a domicilio y asalariado en la ciudad o en el campo. En ambos casos, el trabajo familiar no solo se relaciona con diferentes esferas de la economía, sino que sus actividades se sitúan tanto a nivel local, nacional como

244. Proceso por demás eminentemente contradictorio en la medida en que implica una mayor explotación de las tierras que siguen en producción.

internacional por tres posibles vías que a menudo se combinan: "a domicilio" cuando el trabajador no sale de su hogar; "multilocalizado" cuando el trabajador migra temporalmente en diferentes regiones; "deslocalizado" cuando parte de la familia se establece permanentemente fuera del núcleo familiar original pero participa de su reproducción económica con aportaciones regulares de dinero. Sin embargo, hay una línea divisoria que permite diferenciar cada situación: en la Unidad Económica Campesina Pluriactiva se combinan una finca con un hogar, en la Unidad Familiar Rural hay solamente un hogar, aún si este puede tener actividades de autoconsumo (de recolecta, en el traspatio o incluso en una parcela) para mitigar la pobreza que lo agobia.

La diferenciación que se debe hacer entre las UECP y las UFR permite ubicar mejor el posible campo de acción de las instituciones gubernamentales o privadas (ONG) y de las organizaciones campesinas. Los trabajos de investigación así como las acciones concretas emprendidas a favor de los actores del campo que no tomen en cuenta esta diferencia fundamental entre ambos tipos de hogares en el campo, no tendrán la capacidad de explicar la actual realidad del mundo rural y menos lograrán fomentar el mejoramiento material de los interesados.

Se puede decir que el campo mexicano del siglo XX fue agrario pero que en el siglo XXI será fundamentalmente asalariado. Pero será asalariado no tanto porque el sector agropecuario se habrá capitalizado sino porque la mayoría de los hogares no serán campesinos y, además, los propios hogares campesinos serán esencialmente asalariados. Serán hogares que tendrán las mismas fuentes de empleo, o por lo menos muy similares, a los hogares urbanos. Es también, en ese sentido, que se puede afirmar que el campo se parece cada vez más a la ciudad.

e) Los ingresos de la Unidad Económica Campesina Pluriactiva y de la Unidad Familiar Rural

Hace dos décadas, todavía la mayoría de los hogares eran campesinos, aun si parte de la familia campesina trabajaba fuera de la agricultura. Hoy, solo una tercera parte de los hogares rurales son campesinos, el resto son de asalariados

u ocasionalmente hogares con pequeños comercios, actividades artesanales o de oficios (albañiles, mecánicos, etc.). La notable disminución de los hogares campesinos en las dos últimas décadas tiene que ver con la crisis de la agricultura y la consecuente concentración de la producción.

Si bien muchos de los miembros de los hogares no campesinos trabajan como asalariados en la agricultura misma, vimos que hoy la principal fuente de trabajo de la población rural, tanto de hogares campesinos como no campesinos, se encuentra en el sector secundario y terciario. En términos del ingreso rural total (UECP+UFR), ya en 1992, el asalariado es el más importante (41%), mientras el agropecuario (monetario y en especie) representa la segunda fuente (36%). En 2004, la desagrarización se ha profundizado de manera drástica: los ingresos agropecuarios (monetarios y en especie) representan solo 10% del total de los ingresos rurales, en un nivel similar a las remesas y por debajo a las actividades propias no agropecuarias. El ingreso más importante, y por mucho, es el salario: representa más de la mitad del ingreso rural y tiene presencia en casi todos los hogares.

Vimos, sin embargo, que las disparidades regionales son fuertes: el Sur es la región en donde el trabajo en el sector agropecuario prevalece debido a la importancia de la presencia campesina con su connotación indígena fundamental, le sigue el Norte en su versión campesina esencialmente mestiza y rancheril pero también con una importante presencia de jornaleros agrícolas que labora en las grandes empresas hortofrutícolas y luego viene el Centro en una situación similar pero con la presencia de las grandes metrópolis que imponen una dinámica particular a las relaciones campo-ciudad.

Otra conclusión sobresaliente es que las familias campesinas con malas condiciones de producción tienden a ser más pobres que las familias no campesinas y que, además, estas últimas han mejorado su situación a partir de la década de los noventa. La crisis de producción de la pequeña producción familiar a raíz de la globalización es tan fuerte que la tierra, otrora esperanza de fuente de riqueza, se ha vuelto causa de pobreza. Cabe preguntarse por qué, en estas con-

diciones, estos campesinos pobres se aferran a su terruño. Una posible respuesta puede ser porque no tienen conciencia de esta situación pero, en todo caso, existe una causa estructural que les impide advertirla: la precariedad e inestabilidad de las condiciones del mercado de trabajo al cual se enfrentan. La escasez y complejidad de la demanda de trabajo los pone en una situación de indefensión frente al mercado laboral y fragilización social extrema.

También, los datos que analizamos permiten vislumbrar las dinámicas diferenciadas de ambos tipos de hogares rurales: el salario, el ingreso empresarial y las remesas tienen mayor importancia en los ingresos de la UFR que de la UECP, mientras los subsidios son más elevados en los hogares campesinos porque pueden recibir apoyo tanto del programa Procampo como de Oportunidades mientras las UFR solo tienen acceso al programa de Oportunidades.

f) La pluriactividad campesina vs. la concentración de las actividades familiares

En 1992, 11% de los hogares campesinos no tenían actividades fuera del predio, hoy, esta proporción se ha reducido a 1,7%. Podemos decir que todos los hogares campesinos son pluriactivos. Este proceso se ha analizado como una estrategia campesina de sobrevivencia para enfrentar la pobreza o contrarrestar los efectos de la crisis en el campo. Los datos de nuestro análisis permiten precisar esta situación, en contra de la idea de que la diversificación es una estrategia para salir de la pobreza, es más bien la capacidad de especializarse en una sola actividad o, por lo menos, en una actividad principal, la que permite a los hogares mejorar sus ingresos. Así, la diversificación de las actividades es solo una estrategia defensiva de los hogares pobres, en particular campesinos, por falta de posibilidad para concentrarse en una actividad pero parece ser una estrategia de sobrevivencia poco favorable para salir de la pobreza. En realidad, son otra vez las condiciones del mercado de productos agrícolas y del mercado de trabajo las que obligan a la población trabajadora a una tal dispersión laboral.

Finalmente, queremos enfatizar sobre un hecho nuevo de suma importancia, que distingue la situación actual de los países subdesarrollados con la situación que vivieron los países desarrollados hace algunas décadas: la migración campo-ciudad ha sido truncada debido a la incapacidad de las urbes para absorber la mano de obra sobrante en el campo por la consolidación del trabajo precario y flexible del actual proceso de industrialización posfordista. Por esta razón, muchos hogares rurales, que ya no tienen nada que ver con la actividad agropecuaria, se quedan en su localidad de origen y buscan ubicarse en el mercado de trabajo vía complejos procesos migratorios de corta o larga duración. Por lo tanto, la pobreza rural no se puede explicar solo a partir de la actividad económica agropecuaria, sino también, y tal vez esencialmente, a partir de la nueva relación campo-ciudad que prevalece hoy en día.

g) Algunas posibles pistas para la acción

Los datos analizados permiten plantear que nos enfrentamos a dos problemas esenciales: 1) el de la descomposición de la agricultura familiar campesina y su transformación en unidades campesinas pluriactivas en donde la agricultura aparece ahora como un complemento de las actividades familiares, frente a la concentración de la producción y muy particularmente de la comercialización agropecuaria; 2) el de la existencia de un número creciente de hogares no campesinos en el campo.

Más que nunca antes, hoy el problema no es solo producir más sino evitar la concentración exacerbada de la producción y del comercio. Los aumentos de los alimentos que conocemos actualmente no son el resultado de la escasez productiva sino de la especulación por parte de las transnacionales y tienen efectos dramáticos sobre la población porque la pequeña producción campesina con capacidad de abastecer el mercado nacional se ha visto drásticamente afectada por la globalización y las políticas neoliberales.

En cuanto a la producción, es necesario ampliar lo más que se pueda la base productiva, fomentando de nuevo una pequeña agricultura familiar mercantil eficiente y capaz de

abastecer los mercados locales. Para ello, se necesitan programas de fomento generalizados y de largo plazo. Actualmente, México cuenta con más de una docena de programas sectoriales a cargo de diferentes secretarías de estado (SAGARPA, SEDESOL, CDI, SEMARNAT), a veces con complejos procesos de coparticipación de los tres niveles de gobierno (federal, estatal y municipal), incluyendo el Programa Especial de Seguridad Alimentaria propiciado por la FAO a nivel mundial desde 1994. Esta multiplicidad de pequeños programas no es el reflejo de la capacidad de responder a necesidades específicas de la población (la famosa "focalización") sino de una franca fragmentación de la intervención gubernamental por falta de voluntad política. Esta situación corresponde a la visión oficial, desde hace tres décadas, de lo que debe ser la base del desarrollo, la gran empresa, por su mayor capacidad productiva. Por ello, las políticas públicas les son ampliamente favorables. A la producción familiar que no logra insertarse en cadenas productivas, se les reserva el rubro de la lucha en contra de la pobreza, con poca claridad de acción y poco dinero.

Tal vez el mejor ejemplo de ello se encuentra en la falta de voluntad del gobierno para establecer un sistema crediticio adaptado a las posibilidades y necesidades de los pobres a pesar de las experiencias desarrolladas con éxito en otros países y por organizaciones civiles en México (AMUCSS, Colmena milenaria, etc.). La Ley de Ahorro y Crédito Popular de 2001 (modificada en 2006) impuesta por el gobierno no respondió a los planteamientos ni de estas organizaciones ni del movimiento cooperativista internacional: a la demanda de flexibilidad de gestión y participación que le son necesarias a las pequeñas instituciones se contestó con el criterio de rentabilidad, centralidad y control gubernamental. La misma Ley de Desarrollo Rural Sustentable de 2001, que tiene en la letra planteamientos interesantes como es la planificación participativa, no tiene posibilidad de ser aplicada mientras no exista una voluntad política de apoyo al campesinado.

Considerar a los campesinos como actores privilegiados del desarrollo es, entonces, un requisito necesario para lograr el establecimiento de políticas públicas adaptadas, coherentes y de largo plazo.

El segundo requisito indispensable es la implementación de políticas que permitan fortalecer los mercados locales. Esto nos remite a dos problemas: 1) crear canales de comercialización eficientes para vincular los productores con los consumidores locales, sin menoscabo de utilizar canales de mayor amplitud o nichos de mercado (mercado justo, mercado étnico, etc.) si existen; 2) proteger los mercados de bienes básicos (el maíz blanco en el caso de México) con subsidios e incluso políticas proteccionistas selectivas. El Tratado de Libre Comercio con Norteamérica era, tarde o temprano, inevitable pero el maíz nunca debió entrar en esta negociación. Así lo hizo el gobierno canadiense con algunos de sus productos para proteger a sus productores. Fomentar la pequeña producción familiar a nivel micro mientras se propicia la apertura indiscriminada a nivel global no tiene sentido. Algunos de los actuales programas pueden tener resultados interesantes pero una de sus principales limitaciones es la competencia con las grandes compañías comercializadoras. Esto plantea el regreso del Estado en la regulación de mercados agrícolas estratégicos para mantener la seguridad alimentaria del país.

En nuestra opinión, una mayor intervención estatal en el mercado es necesaria si se quiere abrir la posibilidad de una economía campesina eficiente, que permita asegurar la seguridad alimentaria con una agricultura social y ecológicamente sustentable. Se debe pensar también en la posibilidad de fortalecer la multifuncionalidad del campo, muy particularmente a través del fomento de la sustentabilidad ambiental. Es en este terreno que la pequeña producción familiar puede lograr una ventaja competitiva frente a la producción a gran escala.

El éxito de una pequeña producción mercantil en el sector primario es la primera condición para luchar en contra de la pobreza en el campo. La pluriactividad puede ser otra palanca para elevar el nivel de ingreso de los campesinos pero seguramente no la principal.

El tema de la pluriactividad nos remite al segundo problema de la pobreza en el campo: el de los hogares no campesinos. En la medida en que estos hogares no tie-

nen capital propio y viven en un contexto de pobreza, fomentar negocios propios para un mercado local tiene prontas limitaciones. La migración parece ser inevitablemente su principal posibilidad de trabajo. Sin embargo, existen algunas posibilidades de crear fuentes de empleo locales que de hecho son ya muy comunes pero podrían mejorarse. La primera es la deslocalización de maquiladoras. Sabemos las limitaciones salariales y de condiciones de trabajo que ofrecen pero aún así son una fuente de

empleo. La segunda es la “industrialización difusa” con la creación de microindustrias por parte de las familias mismas. Se trata simplemente de un trabajo a domicilio mejorado gracias a posibles apoyos gubernamentales (técnico, comercial, microcrédito, etc.). Hasta ahora, el gobierno no tiene ninguna acción con este sector de la población que, a pesar de su gran número, no tiene visibilidad social porque se confunde con la población campesina.

Bibliografía

- Alba, Francisco, 1977, *La población de México, evolución y dilemas*, El Colegio de México, México.
- Banco de México, 1966, *Encuesta sobre ingresos y gastos familiares en México-1966*, México.
- Bassols Batalla, Angel, 1967, *Recursos naturales de México*, Ed. Nuestro Tiempo, México.
- Berdegú, J.L., Reardon, T., Escobar, G. y Echeverría, R.G., 2001, *Opciones para el desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina*, BID, Washington.
- C. de Grammont, Hubert, 2007, "Las empresas, el empleo y la productividad del trabajo en la horticultura de exportación", en *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza*, María Isabel Ortega Vélez, Pedro Alejandro Castañeda Pacheco, Juan Luis Sariago Rodríguez (coordinadores), CIAD-Fundación Ford- Plaza y Valdés editores, México.
- C. de Grammont, Hubert, 2001, "El campo mexicano a fines del siglo XX", *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIII, No 4, pp. 81-108.
- C. de Grammont, Hubert, 1998, "Análisis de la estructura de las empresas agroexportadoras mexicanas en el contexto del TLC", Ponencia presentada en el V Congreso de ALASRU, 12-18 de octubre.
- C. de Grammont, Hubert, 1998, "Análisis de la estructura de las empresas agroexportadoras mexicanas en el contexto del TLC", Ponencia presentada en el V Congreso de ALASRU, 12-18 de octubre.
- C. de Grammont, Hubert, 1990, *Los empresarios agrícolas y el Estado: Sinaloa, 1893-1984*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México.
- C. de Grammont, Hubert y Sara María Lara Flores, 2007, "Características de las empresas y el empleo en la horticultura de exportación mexicana", en *Reestructuraciones sociales en cadenas agroalimentarias*, Martha M. Radonich y Norma G. Steimbregger (compiladoras), Editorial La Colmena, Buenos Aires, Argentina.
- C. de Grammont, Hubert y Sara Lara Flores, 1999, "Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas", en *Empresas reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*, Hubert C. de Grammont (coordinador), IIS-UNAM/Plaza y Valdés, México.
- C. de Grammont, Hubert, Sara María Lara Flores y Martha Judith Sánchez Gómez, 2004, "Migración rural temporal y configuraciones familiares (los casos de Sinaloa, México; Mapa y Sonoma, EE.UU.)", en *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coordinadoras), Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México.
- C. de Grammont, Hubert y Sara María Lara Flores, 1999, "Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas", en Hubert C. de Grammont (coordinador), *Empresas reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*, IIS-UNAM/Plaza y Valdés, México.
- CELADE, 1999, *Boletín Demográfico*, No 63, Santiago de Chile.
- Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED), 1970, *Dinámica de la población de México*, El Colegio de México, México.
- CEPAL, 1982, *Economía campesina y agricultura empresarial*, Siglo XXI, México.
- CEPAL, 2006, *Panorama Social de América Latina 2005*, Washington DC.

- CEPAL, 1982, *Economía campesina y agricultura empresarial*, Siglo XXI editores, México.
- Consejo Nacional de Población (CONAPO), 1998, *La situación demográfica de México*, México.
- Consejo Nacional de Población (CONAPO), 2004, *Informe de ejecución del Programa de acción de la Conferencia Internacional sobre la población y el desarrollo, 1994-2003*, México.
- Consejo Nacional de Población (CONAPO), *Proyecciones de la población de México*, www.conapo.gob.mx.
- Corona Cuapio, Reina, Ana María Chávez Galindo, Rossana I. Gutiérrez Martínez, 1999, *Dinámica migratoria de la ciudad de México*, Gobierno del Distrito Federal, México.
- De Oliveira, Orlandina, 1976, *Migración y absorción de mano de obra en la ciudad de México: 1930-1970*, Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México.
- Escalante, Roberto, Horacio Catalán, Luis Miguel Galindo y Orlando Reyes, 2008, "Desagrarización en México: tendencias actuales y retos hacia el futuro", en *Cuadernos de Desarrollo Rural*, N° 59, Bogotá.
- Fougerouse, Christian, 1996, *Le renouveau rural*, L'Harmattan, Paris.
- Gómez Oliver, L., 1978, "Crisis agrícola, crisis de los campesinos", en *Comercio Exterior*, 18, 6, México, pp.714-727.
- INEGI, 1921-2000, *Censo General de Población y Vivienda*, México.
- INEGI, 1991, *VII Censo agropecuario*.
- INEGI, 1992-2004, *Encuesta Nacional de Ingresos y gastos de los Hogares*, México.
- Lara Flores, Sara, 2007, *Los encadenamientos migratorios en regiones de agricultura intensiva de exportación en México*, ponencia presentada en el coloquio sobre migración y movilidad laboral, Instituto de Investigaciones-UNAM, 14-15 de junio.
- Lara Flores, Sara, 1998, *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de empleo flexible en la agricultura*, Procuraduría Agraria-Juan Pablos, México.
- Lara Flores, Sara y Hubert C. de Grammont, en prensa, *Reestructuración productiva y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses*, México.
- Linck, Thierry, 2001, "El campo en la ciudad: reflexiones en torno a las ruralidades emergentes", en *Memorias del seminario internacional La nueva ruralidad en América Latina*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogota.
- Paré, Luisa, 1977, *El proletariado agrícola en México*, Siglo XXI, México.
- Paré, Luisa, 1979, (coordinadora), *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*, Macehual, México.
- Procuraduría Agraria, 2003, *Estadísticas agrarias*, México.
- Reyes Osorio, Sergio, Rodolfo Stavenhagen, Salomón Eckstein, Juan Ballesteros, 1974, *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rochard, Joseph, 1966, *Les ouvriers-ruraux*, CMR édition-librairie/Les éditions ouvrières, Paris.
- Rosenzweig, Andrés, 2005, *El debate sobre el sector agropecuario mexicano en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte*, CEPAL, México.
- SIACON, Servicio de información y estadística agroalimentaria y pesquera, SAGARPA.
- Solís, Patricio, 1997, "Cambios en el crecimiento de la población urbana y de la población rural", *Demos*, N° 10, México.

Stern, Claudio, 1977, "Cambios en los volúmenes de migrantes provenientes de distintas zonas geoeconómicas", en, Migración y desigualdad social en la ciudad de México, Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira, Claudio Stern (compiladores), IISUNAM-El Colegio de México, pp.115-128, México.

Unikel Spector, Luis, 1968, Ensayo sobre una nueva clasificación de población rural y urbana en México, El Colegio de México, México.

Vega Valdivia, Dixia Dania y Ramírez Moreno, Pablo, 2004, Situación y perspectivas del maíz en México, Universidad Autónoma Chapingo, mimeografiado,

Yunez-Naude, Antonio y J. Edgard Taylor, 2000, Los determinantes de las actividades y el ingreso no agrícola de los hogares rurales de México, con énfasis en la educación, CEPAL, www.eclac.org/publicaciones/xml/4/22444/l2096e-Yunez.pdf

Páginas web:

www.conapo.gob.mx

www.eclac.org

www.sra.gob.mx

www.sagarpa.gob.mx